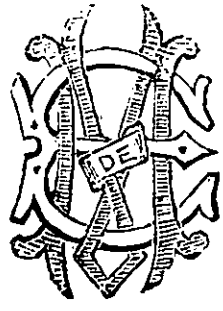
ABUL-BAGI

NENNA



EMILIO DE MÁRSICO
Editor

BUENOS AIRES — 295—CALLE PERU—297

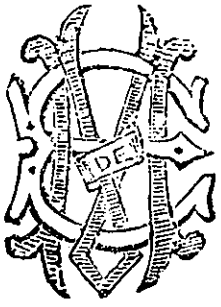
LA PLATA — CALLE 49 NUMERO 115

1887

NENNA

ABUL-BAGI

NENNA

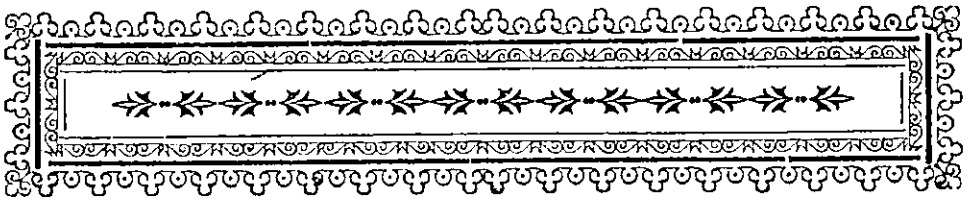


EMILIO DE MÁRSICO
Editor

BUENOS AIRES — 295—CALLE PERU—297

LA PLATA — CALLE 49 NUMERO 115

1887



I

— Qué apostamos á que le doy un beso cuando me traiga el café?

— Nada tendría eso de particular en tí; pero mejor es que no lo hagas, pues nos esponemos á tener que irnos á buscar el desayuno á la cocina.....

— Por qué? Piensas que se resentiria la india si yo la besara? No embromes, compañero! En lo único que se parecen las mujeres á Cristo es en que presentan la otra mejilla cuando en una se les dá no un bofeton sinó un beso.

— Mira que aun no conoces á las personas de casa. ¿Quién sabe qué clase de vicho es doña Dominga? Y la misma india, que dicho sea de paso, no sé si es india, la conoces acaso?

— No sé nada: yo conozco á muchas mugeres y veo que son todas iguales. No hay que andar-

les con vueltas: se les mira dos ó tres veces fijamente á los ojos, los pechos y las piernas, sobre todo las piernas, y en la primera oportunidad, zás! *al bulto derecho viejo*, como dicen los paisanos. Y sinó, ahora verás.

Un momento despues, junto con el primer rayo de sol, entraba en nuestro cuarto la portadora del desayuno.—Yo fingí estar dormido.

Se dirigió primero á mí y dejó una taza con café sobre mi mesa de luz; despues, dirigiéndose á mi compañero que estaba despierto y le habia dado los buenos dias, le dijo:

—Buen dia, niño; ¿despierto al niño Benjamin?

—No, no lo haga. Vea, está un poco enfermo y no ha dormido casi. Acérquese para decirle lo que debe hacer sin que él me oiga.

La india se aproximó á la cama, y Juan, incorporado, al tenerla cerca le lanzó los brazos al cuello y estampó en su garganta un sonoro beso.

—Benjamin! gritó en seguida, el café se te enfria, despiértate.

Abrí los ojos y alcancé á ver á la india que se alejaba, tapándose con la mano el lugar donde la habia besado Juan.

—No te lo dije? Estoy cierto que se vá descontenta porque no la he mordido. Y qué beso la dí!

—Nada dijo, eh?

—Ni palabra. Se quedó muda, se sonrió, y se fué. Lo que siento es que casi derramo el desayuno. Tómalo, que se enfria.

Tomamos el café y empezamos á vestirnos. Estábamos prontos cuando daban las diez.

Salimos, y desde la puerta saludamos á doña Dominga, la dueña de casa, que sentada bajo un frondoso alguaribay del segundo patio, tomaba el mate que le cebaba Nenna.

Nos dirigimos al hotel: concluido el almuerzo mi compañero se fué á su oficina y yo me volví á casa.

II

Próximamente un mes haría que vivíamos juntos Juan y yo, desde mi arribo á Buenos Aires.

Llevábamos una vida arreglada y tranquila, pues á pesar de la oposicion y diversidad de nuestros caractéres é inclinaciones, sabíamos conducirnos de manera que se hiciera dulce siempre la amistad que nos ligaba desde nuestra edad infantil.

Juan es un gallardo mozo de veintidos años de edad; regularmente alto, más bien flaco que grueso; correcto y elegante en el vestir; muy conversador, muy despreocupado, y muy amigo de las mujeres y de la cerveza. Rico por he-

rencia y con un buen empleo en el Ministerio de Hacienda, donde gana un buen sueldo, va, cuando mucho, dos veces á la semana, y no hace nada.

Su carácter es jovial: se rie de todos y de todo. No obstante, es un corazon generoso y una alma noble. Basta con decirle tal cosa está mal, hacerlo ver la fealdad de alguna de sus acciones, para que se arrepienta y se enmiende.... momentáneamente, pues al rato ya se olvida de todo y sigue la *farra*, como dice él mismo.

No ha querido estudiar porque dice que sabe lo que necesita y le basta;—no ha querido trabajar en sus estancias porque dice que la soledad del campo le fastidia;—se ha conformado con un empleo, porque no vá á la oficina, y porque eso lo garante contra el calificativo de *vago*. En una palabra: es un buen muchacho, con dinero, con no poco talento, con una buena figura y sin ninguna idea en la cabeza.

Yo le estimo y aprecio como al mejor amigo. Nuestros caractéres son muy opuestos, difícilmente coordinamos nuestros pareceres sobre un mismo punto; pero encuentro en él una cualidad que me merece mucho aprecio: es franco, sincero, abierto para con sus amigos.

Tiene para mí, además, el atractivo de ser como un iman que hace agitar en mi alma los recuerdos gratos de mis horas inocentes y felices, de aquellas horas de la niñez, veloces como todo lo grato, que juntos hemos pasado, yendo á la misma escuela, gozando de los mismos espec-

táculos, acariciando tal vez iguales proyectos y mentidas ilusiones.

El ha llegado á Buenos Aires, se ha empleado y vive contento.

Yo, con la idea de alcanzar un título, y de saber algo, sigo mis estudios

En los treinta dias que han trascurrido desde mi llegada, no he hecho otra cosa que observar lo que ántes creía fuese grande, encontrándolo todo pequeño y sucio. Detrás del brillo y la pompa vana de la sociedad, he encontrado siempre, escondido en el fondo, pero existente al fin, lodo, miseria y bajezas.

Ah! Cuántas veces sentado en el "Paseo de Julio" observando con asco y con cariño al mismo tiempo, á esa turba de infelices que llamamos *atorrantes*, me he puesto á reflexionar y he comprendido al fin cuánta parte tiene el hombre en sus desgracias y como es él, él sólo, quien abre las mas de las veces el camino de su ruina ó el sepulcro de su ventura.

Hoy, sobre todo, hoy que la filosofía ha alcanzado hasta á hacer dudar al hombre de su existencia; hoy que el positivismo asqueroso del siglo ha penetrado en todos los corazones..... hoy la humanidad es más desgraciada que nunca.

¿Dónde, dónde encuentra el hombre un refugio á sus tristezas, un rincon á sus dolores, una mano que le ayude á ascender en su camino, una fuente donde saciar la sed de quietud, de amor, de tranquilidad que le devora?

La Religion? ..... Farsa, dicen los filósofos, —farsa dicen los sábios; — Dios, otra existencia mejor, un más allá venturoso..... farsa y mentira solamente.

La amistad? — Hoy se vende al amigo por menos de treinta dineros.

La familia? — Ya se vá introduciendo en el hogar el gérmen de una lucha eterna entre el padre y el hijo: suprimida la nocion de Dios, queda suprimida la nocion de padre.

Cuando pisa el adolescente los umbrales del mundo y escucha las primeras palabras del maestro que le dice: el hombre se basta á sí mismo, él solo es juez de sus acciones, nada debe creer que no pueda esperimentar por sí propio..... y vuelve despues al lado de su madre que concluidas las faenas del dia reune en torno suyo á sus hijos y derramando sobre sus cabezas infantiles las bendiciones de su amor, les dice: — "Hijos, rogad á Dios que el dia de mañana sea para nosotros como el de hoy; pedidle mercedes para todos, para los que sufren, para los que lloran, para los que han dejado de vivir, —sed buenos, sed cariñosos, amad y respetad á vuestro prójimo, que despues de esta vida, Dios os pedirá cuenta de vuestras acciones.....", el niño, estraviado ya, siente que le aguijonea la duda de todo, y con la pedantería más repugnante empieza á decirse: — Nó! qué Dios ni qué canastos! Los que saben no dicen estas cosas y al que llega á creerlas se le tiene por zonzo. Yo sigo á la *ciencia:* la vida

es corta y hay que gozar; de todos modos, una vez muerto, se acabó la música....."

Y aferrado á esa creencia, sin fé y sin amor, sin esperanza ninguna, créese ya hombre, se guía por *su razon*, desdeña los consejos, se lanza en la corriente general, se hunde en el vicio, y llega al borde de la tumba, enfermo, cansado, muerto prematuramente, y entónces, recien entónces, piensa en lo absurdo y ridículo de su *filosofía fácil.*

Es padre de familia y deja que sus hijos se den el rumbo que quieran ó marchen sin rumbo.

Es escritor y retrata en sus libros las escenas mas asquerosas y los vicios mas repugnantes, porque esa es la verdadera literatura, porque ya no hay quien lea otros libros, porque todo lo que no es *realismo*, *verismo*, ya *no cuela.*

Es magistrado y vende su conciencia.—Llega á regir los destinos de su patria y hace de sus conciudadanos un rebaño y de su patria un patrimonio exclusivo. Y á pesar de todo, á pesar de sus goces, de su vida de placeres, lleva siempre en el alma la amargura y el desencanto, busca siempre algo que no encuentra, siente vacío en el corazon, y es que le falta la fé, es que *su razon* le hizo desechar los consejos del hogar, es que no crée en Dios. . . . . .

. . . . . .

Así reflexionaba yo, mientras volvia á mi cuarto, de mis paseos diarios al "Paseo de Julio", y de contemplar la turba de atorrantes que por allí pululan.

III

Los provincianos que llegamos á Buenos Aires en busca de bienestar y de instruccion, cosas ámbas que conseguimos más ó menos pronto, traemos por regla general una especie de aversion, cierto malquerer hácia los porteños, que no me lo explico sinó por la envidia que nos causa verlos á ellos siempre adelante, cada dia mas cultos, mas celosos de sus derechos y esforzándose siempre por conservar su autonomía de provincia; —mientras que nosotros, por allá, estamos á merced del primer advenedizo que nos arroje la ola revuelta de la política súcia que nos aniquila y nos degrada.

Y así es que nuestro círculo de relaciones, por lo ménos hasta que conseguimos ver claro lo absurdo de nuestra *porteñofobia*, es reducido, y podemos decir que vivimos socialmente como colonias provincianas.

Siguiendo la costumbre, nos reuníamos todos los sábados un grupo de estudiantes.

Era la noche de uno de estos dias, noche espléndida de Enero, en que despues del calor sofocante que habia hecho, plácida y serena la

luna parecia enviar con sus rayos algo como una brisa fresca y vivificante.

Las calles de la ciudad eran transitadas por la enorme concurrencia que salía de sus casas en busca de aire que respirar. Los tramways iban en todas direcciones llenos, atestados de paseantes. Yo volvía del muelle de pasageros donde habia ido en busca de las brisas del Plata.

Serian como las nueve. La concurrencia estudiantil no debia tardar.

Entré á mi cuarto, saqué una silla y mientras esperaba á los compañeros, sentéme debajo de una frondosa *santa rita*, literalmente cubierta con sus rojas flores.

No habian trascurrido cinco minutos cuando apareció Nenna trayéndome un rico helado, presente de Dª Dominga.

—Que le agradezco mucho á la señora y que siento se haya molestado.

—Como el niño Juan anda paseando, por eso no le he traido á él.

—Y tan bien que recompensa tus servicios, no es verdad?

Nenna comprendió toda la intencion de mi pregunta, é inmediatamente se llevó la mano á la parte del cuello donde aquella mañana la habia besado Juan. En su inocencia casi infantil, no acertó á contestarme, y rápidamente:

—Cuándo se vá el niño Juan á la estancia? —me preguntó.

—En la semana próxima. ¿Quieres irte con él?

—Nosotros vamos pronto á la estancia de Don Pancho.

—¿Se van todos?

—No, señor; la niña Margarita vá á pasar un mes con sus tios y me lleva con ella.

Entraron tres compañeros mios, y entónces Nenna, retirándose, nos dió las buenas noches.

Un cuarto de hora despues, estábamos reunidos como diez estudiantes, si mal no recuerdo. Pero estoy casi seguro que éramos por lo menos diez, pues si no me acuerdo el número exacto, tengo si bien presente que aquella noche hizo época en los anales de nuestras *soirées*, pues á mas del indispensable *cimarron*, aún saboreo los ricos biscochuelos con que lo acompañábamos y un delicioso *chartreuse* con que lo asentábamos, segun la espresion usada y consagrada.

Siendo tan *espléndida* la fiesta, cómo es posible que hayamos sido ménos de diez los que la costeamos?

Porque es sabido que cuando se reunen estudiantes para pasar un rato divertido, no costea la fiesta el dueño de casa, sinó que, como buenos comunistas (¿quién no es comunista siendo pobre ó estudiante?), pone cada cual su parte de capital y de trabajo, y así se arma la *farra*.

Yo cebaba uno de los mates; y digo uno por que andaban de mano en mano tres: dos traidos por los compañeros y uno de nuestra pertenencia. No obstante había un solo calentador, pues nuestra humilde y reducida mansion no ofrecía espacio para tener útiles repetidos, y sobre todo

nuestros límpios bolsillos jamás nos hubieran permitido hacer erogaciones supérfluas.

Uno de los invitados, el que sacó la paja mas corta, cuidaba de que el calentador estuviera siempre á la temperatura necesaria para no tener que interrumpir *la rueda* y esperar á que el agua se calentara nuevamente.

Ya habia trascurrido largo rato de alegre y fraternal soirée estudiantil. Todos habian empezado algun cuento ó la narracion de sus aventuras, sin que nadie llegara al término, pues á la mejor un chiste, una pifia ó cualquier otro incidente le interrumpia, para que otro principiara y llegara á idéntico resultado.

Tocóle su turno á uno de los invitados cuyo nombre era y es Cayetano, pero á quién conocíamos entre nosotros por el apodo de *Casero*, apodo al que se habia hecho acreedor por su manía singular de andar siempre buscando casas para alquilar, pidiendo los precios y las condiciones y la clase de servicio.

Empezó, como todos esperábamos, por decir que en la mañana de aquel dia habia entrado á una casa que vió desocupada, á objeto de preguntar por el precio, las condiciones y demás datos necesarios.

—Para qué?..... le interrumpió uno de los circunstantes.

—Para qué? Para poder suministrar los datos que se me pidan, si alguno desea alquilar.

—Pero qué, éres acaso comisionista de alquileres?

—No; pero me parece que no está demás informarme de la existencia de casas para alquilar, aquí dónde muchas veces por una pieza se daria un ojo de la cara.

—Lo que me parece es que pronto vas á ir á hacerle grata compañia á Pedro Celestino en el manicomio,

Tanto vas á pensar en las comisiones que puedes sacar de ofrecer casas, que al fin vas á perder el sentido.

—Eso es cuenta aparte. Escuchen y llámenme loco despues.

Iba por la calle de Perú, si mal no recuerdo, cuando veo una espléndida casa de dos pisos, limpia y vacía. Por supuesto, entré.

—De cajon, esclamamos todos.

—Pregunté por la dueña de casa y se me presenta una vieja fea, pero tan fea que puesta su cara al lado de la caricatura de Sarmiento, esta pareceria la estampa de Venus.

—Señora, la dije con todo respeto. Desearía visitar la casa. Se alquila, ¿no?

—Sí, señor; pase Vd. adelante. Yo lo haré visitar toda la casa. Aquí hay gas, aguas corrientes, todas las oficinas necesarias, es una casa central, como Vd. vé, independiente, cómoda....

—Sí, señora; ya veo. Y el alquiler es muy subido?

—Al contrario; lo más barato: ochenta pesos mensuales. Vd. vé son cinco hermosas piezas.....

—Adelantado, señora?

—Ah! sí: el primero de mes se abona sin falta.

Habíamos recorrido las piezas, que en realidad son espléndidas. Ibamos á seguir cuando se me presenta..... á qué nadie de ustedes adivina quien?

—Don Nicolás, tu sastre *clavado*, dijo uno.

—El sombrerero, á quien debes todavía ese elegante *sieba* que te hace tan simpático, exclamo otro.

—Doña Petrona, tu lavandera, dijo un tercero.

—Nada de eso, mis amigos, se contentó con responder *Casero*; nada de eso. Por el contrario, algo que me fué tan agradable como me hubieran sido de molesta la presencia de esos *ingleses* que no me dejan ni á sol ni á sombra. Algo que os hará ver que todo tiene su lado bueno, hasta la manía de buscar casas para alquilar.

—Pero quien era, pues?

—Era nada menos que Berta, nada ménos que mi primera conquista, mi idolatrada Berta, aquella Berta del dulce ceceo que decia vivir en la calle de *Perús* entre *Méxicos* y *Venezuelas*. ¿Os acordais?

—Y cómo olvidarla? Cómo no acordarse de esa *damicela de las eses*, tan amante y desprendida?

Sigue tu narracion, que se vá haciendo interesante.

—Verla y ponerme pálido, todo fué á un tiempo. Debeis saber que fuí infiel á ese ángel,

porque es un ángel para mí, el ángel de mi custodia; —que la engañé pérfidamente, que la última noche de cita la hice esperar varias horas en la Plaza Lorea, miéntras la observaba desde un banco próximo. Y con todo esto si conoceis el carácter un tanto fuerte de Berta, no estrañareis que al mirarme me hizo palidecer, pues sus miradas eran rayos.

Felizmente, al tiempo que ella llegaba, la vieja se retiró callandito, quien sabe si por necesidad ó por cálculo. Son tan linces estas viejas!

—Infame, canalla, malévolo, fueron las primeras palabras de Berta.

—No me trates así, Berta querida, dije yo tomando un aire de sumision y de arrepentimiento. Si supieras cuanto sufro desde que no te veo, si te imaginaras cuanto padezco por tu amor.....

—Mentiroso! ¿Quiéres todavia burlarte de mí?

—No, mi Berta, ¿Sabes cuántos dias hace que paso por aquí con el solo objeto de verte, y cómo he conseguido entrar? Y empecé á acariciarla.

—Lo único que sé es que me has engañado, y que sin pensarlo tal vez te encuentras conmigo..... Ingrato!.....

Y cambiaba ya su tono altivo del principio, y con ese arte perfecto que ha desempeñado con cada uno de nosotros en paseos y en posadas, me miraba con sus ojos dormilones, empezaba

á agitarse su respiracion, y mientras yo la atraía hácia mí ella me habia pasado su brazo por la cintura y me estrechaba tambien. Conocí que ardía.

Yo le juré por cuanto santo se me vino á las mientes que sólo habia ido con el fin de verla, y tanto le dije y le repetí que la amaba, que al fin concluyó por creerme y hasta se arrepintió de haber dudado.

Reanudadas nuestras relaciones, dimos por visitada la casa y fuimos en busca de la vieja, que Berta me manifestó era una tia suya.

—A donde se fué? preguntéle.

Ahora debe estar en otra casa de que la han encargado, aquí cerca. Esta es la hora en que vá á arreglar las piezas mientras yo cuido aquí. Ven, vamos un rato á mi cuarto;—y al pasar por la puerta de calle Berta la cerró distraidamente.

—Cuál es tu cuarto, Bertita? le dije, abrazándola fuertemente y llenándola de besos.

No me contestó; pero entramos en la primera pieza que seguía.

Confundidos los dos en un abrazo, sin decirnos nada pero entendiéndolo todo, rodamos sobre el catre. Un catre de colchon mullido, donde Berta dormía sóla hacia como un mes, ella, que tanto le gustaba dormir acompañada! . . . . .

En la casa todo era silencio: no oíamos más que nuestra respiración agitada, el ruido de nuestros besos y el crujir de las patas del catre.

. . . . . .

Media hora despues salimos, y entre otras cosas le manifesté el estado precario de mis bolsillos y mi deseo de estar con ella. No le acepté dinero, pero me rogó que tomara una pieza al lado de la suya, que no abonaría el alquiler hasta de aquí tres meses, época en que ni el polvo me verán.

Acepté, y me traslado mañana.

Héme, pues, instalado, en un domicilio cómodo y barato, y viviendo bajo un mismo techo con mi Berta, la Berta de las *eses*. Estoy curado de mi neurósis: no busco más casa hasta que pasen los tres meses, si no consigo próroga, que la conseguiré Dios mediante y los buenos oficios de Berta. ¿Quereis más dicha para un estudiante que conseguir casa y nóvia, *gratis et amore?*

—Bravo, *Casero*, gritamos todos. Mereces una copa de chartreuse.

—A la salud de todos y en honor de Berta, dijo *Casero*, bebiendo.

—No tiene Berta alguna otra hermanita que pueda proporcionarnos pieza en las mismas condiciones que á tí?

—Es sobrina única, para dicha de su tia, que si tuviera varias y amasen todas de igual manera, no sé que cuentas daria á fin de mes.

—Paciencia: pero yo te garanto que en tus condiciones, amaria á mi novia inmensamente. Sería todo amor para ella. Así se puede amar á las mujeres: si dan casa de balde y no dirijen sus dardos de amor al bolsillo de su amante.

Seguimos tomando mate y la conversacion

fué tomando poco á poco un giro más sério y más formal. Al fin formamos dos grupos: en uno se trataba de finanzas; en el otro de estudios.

—Hoy he pasado un dia cruel, por ser último de semana. He estudiado todo el dia, y total no he aprendido nada. Quise ponerme á leer Física, y me acordé que tenia una larga leccion de geometría;—tomé el texto de geometría y me cruzó el recuerdo de una larga y difícil leccion de literatura;—me puse á leer literatura y me acordé del latin; tomé el libro de latin, y...

—En fin, estudiaste todo, y no aprendiste nada.

—Precisamente. Y no es por falta de voluntad. Es que no se puede, en realidad, cumplir con esos malditos y disparatados programas que nos han metido...

—Estoy conforme con tu juicio; los Colegios Nacionales, á seguir como van, no darán ningun resultado, ó seguirán dándolos malos, como hasta ahora. Despues de seis años sale uno con la cabeza como bombo, sin ninguna nocion fija y perdidas ó malgastadas sus facultades si se ha empeñadn en cumplir con su deber.

Del grupo financista, en el que por lo visto el entusiasmo habia subido más que en el grupo de los que hablaban de educacion, se decía:

—Sí: dígase lo que se quiera; es degradante y muy peligroso lo que nos pasa. Los establecimientos de crédito del país, los que debieran fomentar las industrias, ayudar al

trabajador, fomentan las mas ruines pasiones, pervierten al ciudadano, ayudan á los politiqueros ruines de á tanto por voto. Esto es vergonzante y triste, pero es cierto.

—Pero no importa, señores, dijo un compañero, estudiante de jurisprudencia. No importa: aun quedan patriotas y hombres de corazon. Aun se oye para nuestro bien la palabra autorizada y sincera de los viejos campeones que han constituido nuestra nacionalidad. Y felizmente, la nueva generacion, la promesa del futuro, ha de reaccionar contra tanta ignominia, y apartándose del mal sendero que hoy siguen los que mandan se prepara con brios para que sea una verdad la libertad con que hoy soñamos, para luchar por el triunfo de las instituciones, por la moralizacion de los que mandan, por la verdad republicana...

—Historia antigua, dijo *Casero* levantándose y en ademan de irse.

Caballeros, la generacion que se levanta no piensa mas que en pasárselo lo mejor que pueda. Yo me atengo á mi milonga:

En política, señores,
Es bueno lo que se alcanza:
Y contra glorias y honores.....
Satisfaccion de la panza.

Y me voy á dormir. Es hora de retirarnos. Son las dos de la mañana.—Caballeros, hasta el próximo sábado.

Satisfechos y contentos, cada cual se retiró á su casa y quedamos sólos Juan y yo.

IV

—Albricias, compañero, le dije á Juan mientras nos desvestíamos para acostarnos.

—De qué?

—Conoces la estancia de D. Pancho, el hermano de D.ª Dominga?

—Como á la nuestra. Está á dos leguas de la estancia de nosotros.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Allí vá Margarita en estos dias, á pasar un mes, segun dice Nenna.

—Sola se vá ó lleva tambien á Nenna?

—La lleva.

—De rechupete! No me aburriré durante el tiempo que esté en la estancia; me viene de perilla.

—Cuándo piensas irte, tú?

—Hoy he recibido cartas de la estancia: me dice Cárlos que vaya pronto, pues desean que me encuentre con ellos en el dia del natalicio de mi vieja. Para no dar lugar á sospechas me iré antes que Margarita.

—Y quienes están en la estancia?

—D. Pancho y una hermana, un po-

co mayor que D.ª Dominga. Qué dias agradables me prometo pasar con la india!

—A propósito: hoy me trajo Nenna un helado que me envió la señora, y me preguntó por tí con cierta curiosidad. Quise recordarle el beso que le diste y medio se turbó.

—Es que ha de estar con ganas de que le dé otro. Si en la estancia me la encuentro sola por la cocina ó por atrás de las casas le voy á hacer el gusto hasta que se canse. Y está rica la criollita, eh?

—A que le estás poniendo los puntos?

No seas canalla, hombre.....

—Se está poniendo muy linda, irresistible. Qué ojos! Y qué contornos! De cuando en cuando me la pellizco y te aseguro que su carne dura, fresca y abundante me excita cuando la toco. Tiene unos brazos gruesos y redondos; el seno lleno y saliente. ¿Te has fijado cómo se manifiesta ya la redondez de sus pechos? Y qué pierna, compañero, qué pierna! gruesa y bien hecha, de esas piernas que al verlas cubierta con una media inspiran deseos de morderlas... Es un bocado la tal Nennita!

—Ya veo que eres enteramente lascivo: No la respetarás ni á ella que es tan buena y servicial?—Yo te garanto.....

—Qué garantias ni que tomates! Quisiera verte si la tuvieras aquí. Al mejor se la doy; sólo siendo de fierro... Lo que es yo....

—Qué infamia! Con esa carita inocente que tiene.....

—Bueno, bueno, no hablemos más de eso, que aquí, entre sábanas, me estoy poniendo como fierro.

Y nos dormimos.

V

La vida de estudiante en Buenos Aires tiene indudablemente infinitos contratiempos y reveses; pero, sobre todo para los que llegamos de las Provincias, tiene tambien sus goces.

Aquí se puede decir que venimos á tomar prácticamente las primeras nociones de lo que es la sociedad.

En política vemos de cerca hasta donde llega la corrupcion de los hombres, y cuan despreciables son ciertos personages que mirados á la distancia parecen grandes y meritorios ciudadanos y fuertes y bien templados caractéres.

Observamos tambien, aunque no lo seguimos por regla general, el ejemplo de nuestros grandes hombres. Sucede por desgracia, que la necesidad de conservar el empleo con que vivimos tiene más fuerza, transitoriamente, que la palabra de aquellos que nos hablan de libertad y de principios.

Y esto tiene su esplicación: ¿cómo un estu-

diante, que no cuenta para costearse las necesidades de la vida sinó con su sueldo, se vá á esponer á una destitución sin mas trámite poniéndose del lado de los que luchan contra las imposiciones y escándalos de nuestros gobiernos?

Defrauda sus aspiraciones, malogra tal vez un éxito cercano y esteriliza los esfuerzos de quienes se han sacrificado quizás costeándole sus primeros estudios.

En religion, á pesar de la luz que irradia la culta prensa, es aqui donde existe el gran nido de *cuervos negros* del catolicismo. Y es la sociedad pudiente, son los grandes ricachos los que favorecen el crecimiento y progreso de esas grandes agrupaciones de zánganos de la colmena social.

Los titulados *liberales*, por su parte, con un ojo se fijan en los grandes ideales que están llamados á hacer triunfar, y con el otro miran sus conveniencias particulares. No son ni blancos ni negros.

Y cuando al fin se presenta alguna ocasion propicia para rendir homenage á la civilizacion cortando siquiera un gajo del funesto árbol del oscurantismo que ya tan hondas raices tiene entre nosotros, ¿quién lo corta? El Gobierno, y despues nos quejamos, ¡imbéciles!, de que el gobierno se crea Dios y César. La culpa es nuestra: en todo procedemos lo mismo.

Pero el más vasto campo es el de la vida puramente social. Se emplea un estudiante ganando un buen sueldo, y vive en el barrio del

Norte, barrio de las predilecciones del *loco de las grutas*, y toma pension en la Rotisserie, y frecuenta Colon y Palermo y la Recoleta, y asiste á los bailes del Progreso y á las reuniones high-life, etc., etc.; tiene la más brillante oportunidad para rasgar un poco la capa de hipocresía que encubre ese gran mundo social y ver la corrupcion que lo devora.

Es un simple escribiente de la contaduría, de algun Ministerio ó de algun Juzgado, y endereza con sus petates al barrio del Sud y toma pension en algun fondin de á peso el plato, lleva una vida modesta, hace el amor á las *chinitas* del barrio, y como generalmente no le alcanza el sueldo, cada fin de mes cambia de casa y de fonda porque no paga.

Y así vive, hoy con una familia modesta, honrada y trabajadora. Mañana se encuentra en compañia de un matrimonio en que el marido se ausenta temporalmente al campo y le ruega cuide de su señora. Tan pronto da con un dueño de casa que no le alcanza ni un vaso de agua, ó tiene la fortuna de encontrar alguna viuda desventurada que vive de lo que le da la casa, pero tiene muy buen corazon, no se molesta por nada, desea que el inquilino sea jovial y franco, y hasta llega á encontrarlo parecido á su *finadito* y lo trata muy bien y no le cobra el alquiler, en cambio de otras cosas, hasta que se cansa y lo hecha á la calle.

Nuestra dueña de casa era muy buena señora á juzgar por lo que yo veía. Tenía á su lado á

Margarita, jóven de unos diez y ocho años, único fruto de su matrimonio con el Coronel don Juan Pallejas y Portones. Margarita bordaba regularmente y tocaba el piano de una manera bochornosamente mala.

De cuando en cuando visitábamos nosotros á Dª Dominga y en nuestro obsequio Margarita destrozaba alguna pieza de música, la vieja nos narraba las proezas del Coronel su difunto esposo y Nenna nos daba mate.

Fué en una de estas visitas que supe cómo Nenna habia venido á manos de Dª Dominga y á encontrar al mismo tiempo alguna esplicacion á la impresion estraña que me causaba el rostro de la *india*, como decia Juan. Yo le encontraba algo que no era comun: una espresion dulce y altanera, un conjunto singular y único.

Frisaba actualmente en los quince años. Estaba pues, en la edad primaveral aun, desplegando toda su lozanía.

Su color no era blanco; pero tampoco moreno. Naturaleza no habia mezclado rosas y jazmines para colorear su tez, que era de un mate pálido, una especie de término medio entre el blanco y el color de nuestras morochas, como esas fraganciosas flores del aire únicas en color y únicas en aroma, que embalsaman los bosques de la pátria.

El perfil de su cara tenia los rasgos acentuados de las bellezas del Norte. Su frente ancha, redondeada y algo saliente. Dos ojos azules de un hermoso color de cielo primaveral; vivos, de

mirada penetrante y de espresion profunda. El cuello robusto y mórbido como el de una romana. Nariz perfilada ni grande ni pequeña. La boca muy pequeña y los lábios muy finos. Su hermosa y abundante cabellera, renegrida y suave, parecia un giron de la noche contrastando con la risueña luz de aurora de sus ojos.

Y la robustez de todos sus bien formados miembros, la gallardia y altivez de sus posturas naturales, el redondeamiento de sus formas le daban un aspecto singular, como si fuera el aunamiento de las formas sensuales y provocativas de Cleopatra con los perfiles delicados y fugitivos de las bellezas griegas.

En el serrallo hubiera sido la favorita odalisca del Sultan, asi como habria podido inspirar la pasion más ardiente y pura de los soñadores plátonicos.

Despues que Margarita hubo asesinado á Gounod destrozando con sus manos largas y torpes el wals de *Fausto*, Dª Dominga nos narró un hecho de armas del finado Coronel su esposo, que en paz descanse, como decia ella al nombrarlo.

—Era en los tiempos en que todavía los indios hacian sus correrias, llegando impunemente hasta la ciudad, robando, matando, incendiando lo que no podian destruir de otra manera.

El cacique Camburé, terror de nuestras tropas, tres veces consecutivas habia invadido llevándose cautivos gran número de vecinos.

En la última de sus invasiones llegó solo

hasta la estancia «Franny» donde se habia establecido Sir James Duckman con su esposa Miss Elena. De allí consiguieron arrojarle nuestros soldados, pero no impedir que se llevara consigo á la bella Elena, despues de haber muerto y despedazado en su furor salvaje al infortunado Duckman.

Desde aquel dia nada se supo de la cautiva y nuestro ejército, disciplinado y organizado ya batió constantemente al salvaje, reduciendo cada vez más sus dominios.

Ocho años habian transcurrido desde la última avanzada de Camburé. Organizóse entonces una espedición de tres mil hombres para concluir con las huestes del salvaje y marchó esta á las órdenes del Coronel D. Juan Pallejas y Portones.

Tres meses anduvieron en persecucion de los indios, sin poder batirles y sufriendo toda clase de contrariedades. A pesar de las estratagemas usadas, durante esos tres meses no pudieron conseguir nuestros soldados que el Cacique presentara combate siquiera una vez.

Parece que la consigna de la tribu salvaje era vivir sus últimos dias en descanso, sin luchar pero sin mostrarse tampoco rendida ó impotente.

Huía cuando el ejército avanzaba, y en los momentos menos pensados, envueltos en la oscuridad de la noche, lanzaban los salvages su alarido y atravesaban como relámpagos, en sus briosos potros, por entre las carpas de nuestros soldados, sorprendidos de tanta audacia y tan temerario arrojo.

Pero al fin cayeron. Dispuso el Coronel que se dejaran una noche las carpas armadas y los fogones encendidos, retirándose las tropas á cierta distancia del campamento simulado. La noche era oscura y tormentosa.

Como á la una de la madrugada siguiente, sucedió lo previsto; la turba salvage, lanzando al aire su espantoso clamoreo, surgió repentinamente de entre las tinieblas y á carrera tendida enderezó á las carpas. Sorprendiéronse, sin duda, los indios al encontrar desierto el campamento, de hombres, y se detuvieron un instante. Rápido cayó sobre ellos nuestro ejército, sitiándolos por todas partes, é imposibilitados de huir, se batieron desesperadamente.

El sol del dia siguiente se reflejó todavía sobre las espadas desenvainadas de nuestros soldados y las mortíferas lanzas del salvage, iluminando un campo de cadáveres. Los indios habian muerto casi todos.

Camburé, fatigado, pero no rendido, blandía aun su lanza de Cacique, rodeado de los últimos restos de su tribu. Al fin fué tomado prisionero y traido á la presencia del Coronel.

Con la magestad de un rey y la altivez de quien vencido por la fuerza tiene el derecho de su parte, Camburé rindió su flechas y pidió al Coronel le concediera un momento para hablarle á solas. Sus cautivos le habian enseñado el castellano, que hablaba suficientemente bien para hacerse comprender.

Solos el Coronel y el Cacique, así habló este último :

—Vencido ya, y sin tribus ni dominios, el Cacique Camburé desprecia la vida y espera que tu hidalguía, valiente vencedor, corresponda al valor de que has dado pruebas.

La voz de Tuncurá, mi noble abuelo, y de Tunca mi padre, que en cien combates rechazaron á vuestros soldados, oigo que me dice no reniegue de mis creencias, ni empañe sus glorias. Conste, pues, cristiano vencedor, que no reconozco tu triunfo, aunque acato resignado los decretos del destino, que te ha dado la victoria por la fuerza.

Si tú recuerdas, ocho años hace, que mi valiente tribu, por tí vencida y destruida, invadió vuestra ciudad.

Cautiva traje á mis dominios de ayer á una cristiana, como el sol bella y altiva y fuerte como mi rozagante moro de combate.

La luz de sus pupilas incendióme el alma y en vano supliquéle que me amára. Su corazon era, por mi desgracia, de su esposo que cayó á los golpes de mi lanza.

Por mi órden, mi tribu se prosternó á los piés de mi cautiva y Camburé mismo se rindió á su belleza. Todo fué en vano : sus labios me maldecían, los mismos labios que entonaban despues una plegaria para vuestro Dios pidiéndole paz para el que yo hábia muerto.

Pero mi pasion era violenta y no pude resistirla.

Ordené á mi tribu que me dejára sólo con la cautiva, la bella Elena. Era la hora en que el sol, nuestro padre, se oculta detrás de los montes.

Regué los piés de mi bella prisionera con mis lágrimas, y ofrecíle todo, todo por un solo instante de amor, por un momento de felicidad; pero inútilmente.

No quise violarla; la amaba y la respetaba como aún amo y respeto su memoria. Pero acudí á la astucia y el jugo de una planta del desierto disipó sus recuerdos, escitó sus miembros y Elena me tendió sus brazos y llenóme el alma.

Oh! dias supremos de infinito goce!.....

Y el Cacique se interrumpió para enjugar una lágrima que rodaba por su mejilla tostada.

—El Dios de mis mayores, me permitió gozar del amor de Elena; pero fué solo para hacer más grande mi sufrimiento, más terrible mi castigo.

Obediente á mis órdenes, Einima la que ántes recibiera mis favores y caricias, pasó á manos de un capitanejo de mi tribu. Yo vivía sólo para Elena, la amaba con el alma: mi pasion era inmensa como el desierto y ardiente como los rayos del sol que lo calienta.

A la orilla de un arroyo, donde mañana, si te fías de mi hidalguía, yo te conduciré, cristiano vencedor, hice construir una choza circundada de palmeras, á cuya sombra pasaba yo las tardes venturosas, y con cuyo arrullo me dormía feliz en los brazos de Elena.

Fué allí donde el Dios de mi patria oyó mis ruegos y el vientre fecundo de la que hice reina de mi tribu concibió á Nenna, mi hija idolatrada, que hoy deseo depositar en tus manos. Cumplo así la última voluntad de mi adorada cautiva que murió poco despues de dar á luz á Nenna.

En sus últimos momentos, cuando yo notaba que su respiracion se iba haciendo imposible, que disminuía la luz sideral de aquellos ojos en que yo encontraba mi ventura; cuando lentamente aquellas hermosas mejillas, más rosadas que las flores del desierto, iban perdiendo su color, quedé sólo con Elena y oí de sus lábios su última voluntad.

—Camburé, me dijo con su voz de moribunda, voy á morir y ántes quiero hacerte mi última revelacion, á tí, el matador de mi esposo, á quien tanto he odiado; á tí, el padre de mi hija, á quien he amado tanto.

Yo sé cuanto me amas, Camburé:—si de mi alma no has podido desterrar el afecto que me inspiró mi desgraciado James, créeme que te he amado, pues he comprendido cuán intenso y cuán puro y sincero ha sido tu cariño para mí... Pero tambien por tu causa he sufrido mucho, y te perdono... Me falta la voz, voy á decirte mi última palabra:—Nenna, este fruto de nuestro amor, deseo que vaya á abrazar la religion de mis padres. Cuando los cristianos, que cediendo á mis súplicas, no has batido desde que caí cautiva en tus brazos, se apoderen de estos dominios, al gefe que los mande enco-

miéndale nuestra hija para que la haga cristiana... Te lo ruego, Camburé, como una recompensa á lo mucho que he sufrido... No temas, tu Dios y el mio, y el Dios de todos es uno solo... Yo quiero quedar aquí en el desierto... que mi tumba sea abierta por tus manos, á la sombra de las palmeras que para mí plantaste...

A Nenna, cuando ya sea crecida y pregunte por la que le dió el sér, enséñale mi sepulcro para que vierta sobre él una lágrima... Tú, Camburé, tú morirás en el desierto... á mi lado.

. . . . . .

. . . . . .

Y la que me habia hecho feliz;—la que para mí pobló el desierto de venturas y delicias; la que con su perdon alivió mi alma, murió en mis brazos.

Yo he cumplido en parte su última voluntad. Ayúdame, tú, cristiano vencedor, á terminar mi obra, prométeme hacer cristiana á Nenna que mañana depositaré en tus manos, y júrame por vuestro Dios, por el Dios de Elena, que ella será feliz á tu cuidado.

Camburé vencido te tiende su mano amiga y suplica que la aceptes.

Y el Coronel y el Cacique, amigos ya, durmieron aquella noche bajo un mismo techo.

VI

Los primeros rayos del sol del dia siguiente, iluminaron el vasto desierto encontrándolo sembrado con los cadáveres de la tribu indómita de Camburé.

El Cacique esperaba al Coronel, que pronto á regresar de su espedicion, dictaba las últimas disposiciones para que sus soldados se pusieran en marcha, conduciendo el reducido número de prisioneros á quienes el infortunio habia sustraido á la muerte para entregarlos vencidos á sus enemigos,—seguirían á su gefe que, acompañado de sus oficiales y guiados por Camburé iban á la choza de éste.

Antes de emprender la marcha, el Cacique ensimismado y triste, parecía despedirse en silencio de aquel campo de combate, tumba de su tribu. Miró á los cuatro vientos del espacio, y solo vió la Pampa inmensa, desierta y silenciosa. Alzó los ojos y contempló largo rato como una nube negra que parecía girar sobre el monton de cadáveres de sus fieles súbditos. Arrojó un hondo suspiro y acariciándole la crin montó en su moro.

Emprendieron el camino.—El Cacique iba al lado del Coronel, mudo, taciturno, acariciando con ternura su brioso corcel, mirando con fijeza á los lados del camino y volviendo á veces su mirada hácia la negra nube de cuervos que giraba en el espacio.

La intensidad de sus frecuentes suspiros hacía sospechar la pena inmensa que sentía. Una hora de camino llevarían, cuando empezó á oirse el murmurio de un cercano arroyo. Camburé sujetó la brida, pareció tomar aliento, exhaló un hondo suspiro, y apretándose el corazon:

—Cristiano amigo, dijo al Coronel, allí donde se divisan aquellas palmeras, allí está Nenna y allí tambien está el sepulcro de Elena...

Y sacudiendo la cabeza como si quisiera ahuyentar los tristes recuerdos que le asaltaban, prosiguió su camino.

Encerrada en un círculo de frondosas palmeras, la choza del Cacique, construida de paja y barro, parecía un nido de amor oculto entre el boscage. Allí guardaba Camburé el tesoro de su vida, su hija idolatrada, que dejaba al cuidado de una hermana, custodiadas por diez de sus súbditos escogidos entre los más fieles y valientes.

Cuando llegaron, á una señal del Cacique, los indios guardianes arrojaron sus flechas y se rindieron.

Calunta, la hermana del Cacique, comprendiendo lo que pasaba, recibió en sus brazos á su hermano, vertiendo abundoso llanto. Pocas

palabras se dijeron en secreto, y en compañía del Coronel fueron á buscar á Nenna.

Siete años contaba entónces la hija de la cautiva. Camburé corrió hácia ella, la tomó en sus brazos y estrechándola contra su pecho, la besaba fuertemente, como si en cada beso quisiera dejarle todo su amor de padre, todo el inmenso cariño de su alma. Acompañado de Calunta se dirigió á otra pieza, volviendo al poco rato siempre con Nenna en los brazos y enjugándose los labios el Cacique y su hermana.

Despues, seguidos del Coronel y sus oficiales, se dirijieron todos á la orilla del arroyo. Los ojos del Cacique derramaban gruesas lágrimas, y el rostro de Calunta y el de su hermano iban perdiendo sus colores, demacrándose por instantes.

Cubierto con un manto de flores del desierto, enseñó Camburé á sus vencedores el sepulcro de su prisionera amada. Mudo y entristecido, inclinó su rostro y así permaneció un instante. Nenna, por su parte, como habituada á ello, empezó á cortar algunas flores con las que formó un pequeño ramo y besándolo con su ternura infantil, lo depuso á la cabecera de la tumba, é imitando á su padre se inclinó.

El Coronel y los oficiales presenciaban con recogimiento aquella escena.

Camburé volvió á tomar á Nenna en sus brazos y la besaba efusivamente. Calunta con el rostro lívido se dejó caer sobre el sepulcro de Elena. El Cacique la miró y adelantándose al Coronel, le dijo:

—Breves instantes nos quedan de vida: cuando yo exhale mi último suspiro, cumple tu promesa, noble cristiano. Haz á Nenna tan feliz como desgraciados fueron sus padres..... Enséñale que nos ame, que tenga siempre un recuerdo para Elena y Camburé..... que no olvide el desierto, mi patria, la patria de mis mayores, donde ella vió por vez primera la luz del sol.....

Y estrechaba á Nenna con fuerza, como queriendo identificarla con él.

Dobló la rodilla al lado de Calunta; tomó con sus manos la cabeza de Nenna por última vez, la besó, la estrechó contra su corazon y en seguida cayó tendido al lado de Calunta y abrazándose de ella con su último suspiro, lanzó su última palabra: "Hija! ....."

El Cacique y su hermana habian muerto.

La tropa que seguía al Coronel habia llegado ya á la choza. Unidos los indios guardianes á los pocos prisioneros del dia anterior, siguieron su marcha.

El Coronel y los oficiales aterrorizados ante aquel cuadrode dolor, ni una palabra se cambiaban. Todo estaba mudo. La mirada se perdia en horizontes infinitos, sin ver más que la Pampa, la Pampa inmensa, callada y solitaria.

Al fin, tomando una resolucion, cavaron una ancha fosa al lado de la tumba de Elena. En ella colocaron el cadáver del Cacique y el de Calunta, y el Coronel que llevaba en sus brazos á la pequeña Nenna, que lloraba sin apartar sus

azules ojos del lugar donde se habian ocultado los suyos, tomó el camino de la choza, levantando solo unas pieles para cubrir á Nenna en el camino. Un oficial observó sobre una rústica mesa dos cañutos que parecian recien destapados.

Y dejaron aquellos lugares, y unidos en el sepulcro los que habian vivido juntos en la tierra, tomando todo el ejército el camino de la ciudad.. . . . . .

. . . . . .

Así nos contó Dª Dominga cómo el Coronel, de vuelta de su espedicion, donde conquistó fama de valiente, le habia traido á Nenna, cuando no contaba más de siete años, es decir, en una edad en que era posible hacerle olvidar, si no del todo, en gran parte al ménos, los dias del desierto y el recuerdo triste de sus padres.

Doña Dominga nos decia tambien que á la sazon Nenna recordaba muy vagamente sus dias de infancia, pero que siempre recordaba á su padre, por el que sentia un cariño inmenso, que ella, por su parte, trataba de mantener.

Y que cuando se hablaba de indios, Nenna, tan tímida, solía mezclarse á la conversacion y preguntaba si no habian encontrado un arroyo y en su orilla un campo de flores muy hermosas, y unos árboles con las hojas caidas sobre una tumba y con racimos de frutas amarillas.....

VII

—Cumpliendo la promesa hecha al monarca vencido del desierto, el Coronel, apénas llegado de su espedicion, condujo á Nenna á casa de su esposa, y dispuso que se hicieran los preparativos para bautizarla al dia siguiente.

El fué su padrino, Dª. Dominga la madrina, le pusieron por nombre Elena, en recuerdo y memoria de su madre; pero siguieron llamándola Nenna.

Creció esta lozana y bella, querida de todos por su carácter bondadoso y sencillo; inspirando á quien la veía un sentimiento de ternura, una afección cariñosa que nacía espontáneamente al contemplar la mirada de aquellos sus azules ojos, en los que se leia todo un poema extraño de amor y de sufrimientos, de pesares y de felicidad.

Con Margarita se trataban como hermanas. Siempre andaban juntas, se repartian los quehaceres de la casa: Nenna cuidaba el jardin y arreglaba su pieza, inmediata y en comunicacion con el dormitorio de Dª. Dominga y su hija, cuidando tambien del arreglo de la nuestra; — Margarita arreglaba la sala.

Algunos dias despues de aquel en que Nenna me comunicó que se iría al campo con Margarita, una mañana nos trajo café á la hora acostumbrada.

Mi compañero, extrañándolo el mismo, se había levantado temprano y escribia cuando entró la india. Traía esta en el pecho un hermoso jazmin recien arrancado.

Dió los buenos dias á Juan, colocó una taza sobre mi mesa de luz, sin llamarme como acostumbraba, y en seguida fué á dar la otra á Juan.

— Nenna, regálame esa flor, quieres?

— Hay tantas en el jardin.... le contestó la india ruborizándose.

— Sí; pero yo quiero esa, esa que tienes tú, Nenna querida.

Y tomándola de la mano la acercó hácia él.

— Cuando se van al campo con Margarita? preguntábale Juan, miéntras tomaba el jazmin que Nenna se dejó sacar sin resistencia.

—Si viene el coche de la estancia nos iremos mañana. Vd. tambien se vá, nó? Irá á visitarnos á menudo.

— Todos los dias, para verte únicamente á tí.

Juan habia rodeado con su brazo la cintura de Nenna. La miraba fijamente, ella sonreia con su angélica sonrisa, como sorprendida y satisfecha de aquel contacto. Haciendo un pequeño esfuerzo mi compañero inclinó el cuerpo de la india, pegó sus lábios á los lábios finos de la hija del Cacique, y envueltos ambas cabezas

en las negras hebras de la cabellera de Nenna, en silencio permanecieron así unos segundos, estrechando mi compañero aquel bello cuerpo y como bebiendo la felicidad en aquella boca no manchada aún con el contacto de otros lábios.

Despues, alzándose y sonriéndose siempre, con una voz entrecortada por la emoción, miéntras apartaba los cabellos que cubrian sus sienes.

—Qué besos tan fuertes me da Vd. . . . dijo Nenna.

—Y tú, porqué no me besas lo mismo? Es porque no me quieres como yo te quiero.

Sin desviar la mirada de mi compañero, Nenna, sonriente siempre, se mordió el lábio inferior, é inclinando con suavidad la cabeza hácia un lado, con sus ojos parecia decirle:

—Nó sé como expresarle cuánto lo quiero!...

El ruido que hice al moverme en mi cama los sacó de la contemplacion en que habían quedado, y Nenna se dirijió á la puerta despidiéndose de mi compañero diciéndole:

—Hasta luego.

Así que salió, dejé de fingir que dormía: Juan se habia puesto las manos en los bolsillos y se paseaba á lo largo del cuarto mirando al suelo.

—Qué meditas, le dije? . . . . Ya veo que las cosas adelantan.

—Es cuestion resuelta. Unos dias más y consigo. Mañana se van al campo. . . . aquello vá á ser un idilio! . . . .

—Pero no embromes, Juan. ¿Serás capaz de seducir á esa inocente criatura?

—Vuelves con tus remilgos? Si la hubieras tocado como yo, si hubieras metido tus manos donde yo he metido las mias, si tus lábios se hubieran puesto en contacto con los suyos y hubieras aspirado su aliento cálido y sentido los estremecimientos nerviosos de todo su sér, seguramente que no andarias con vueltas y harias lo que pudieras. Al fin y al cabo, con evitar mayores consecuencias. . . .

—Es que esas mayores consecuencias van á ser forzosas. Nenna está ahora como esas tierras pacientemente abonadas por las manos del labrador, que al depositar sobre ella la semilla germina esta con todo vigor y rápidamente. Es bueno, compañero, mirar un poco adelante.

—Siempre he pensado lo mismo, sobre todo tratándose de estas cosas. Pero ¡qué diablos! nunca han tenido resultados. No te fijas en la rubia de enfrente? Tambien está como una lechuga de fresca, y sin embargo. . . .

—Como quiera que sea, compañero: — ¿qué haría la pobre india cuando se viera con la prueba de su falta? Crees que D.ª Dominga no sería inflexible?

La quiere mucho, es cierto; pero, á pesar de todo, yo no dudo que su primer determinacion seria alejarla de Margarita, y una vez que la india se vea lejos de aquí, sola, sufrirá inmensamente y quien sabe cuales serán sus rumbos.

—Todo eso es simplemente un castillo de naipes. No sucederá nada porque nada se sabrá.

¡Qué diablos! Tú no miras más que el lado malo de las cosas. Suponte por el contrario que Nenna afloja, que yo me la saboreo ahora que está como merengue de rica, y que nada se sabe ni nada resulta. ¿Qué dirás, entónces? Á no ser que me salgas ahora con la moral y la conciencia y otras yerbas. . . .

—Y eso no te importa nada?

—Mira, Benjamin, es preciso seguir la caravana. Eso de moral y de conciencia y de remordimientos, es simplemente cuento de viejas. Y sinó, fíjate en los hechos. Yo sigo la marcha. Miéntras pueda gozaré. Si hay quien llore, dejémosle llorar, hombre, que ya nos tocará el turno á nosotros.

—Todo eso, divisa de las mayorias de hoy, sé que no lo sientes. Te conozco lo bastante y no ignoro que los sufrimientos agenos lo son tuyos.

—Pero miéntras tanto, por qué no me he de reir cuanto pueda? Si la vida es así, compañero: hay que tomar las cosas como vienen y no desperdiciar las ocasiones.

Ellas se van mañana: yo me voy esta tarde. Ya hace tres dias que el peon está aquí con los caballos, como sabes. Levántate, pues, así pasamos juntos la hora del almuerzo.

Y te quedas solo con Dª Dominga, eh? Pues no es poca fortuna!. . . Un palmito de sesenta inviernos. . . .

¡Qué pichincha! Me parece que no tendrás que esforzarte mucho para no violar tus preceptos morales. ¿O piensas arrastrarle el ála? . .

—Déjate de bromas. Lo que pienso es que miéntras yo esté aquí hablando con la vieja de tí, de Margarita y de Nenna, quién sabe lo que Vds. harán en la estancia.

—Ah! eso lo sabrás, te lo aseguro.

Mis cartas van á ser frecuentes y detalladas. Te voy á narrar en ellas todo, con puntos y comas. Ea! arriba, hombre! Son las nueve de la mañana. Levántate. . . .

Y me sacó de encima las cobijas lo que me obligó á vestirme.

Y salimos.

VIII

—Despues que mi compañero con el peon emprendió aquella tarde el camino de la estancia, yo quedé solo en mi cuarto, y aburrido me puse el sombrero y salí á la calle.

Di vuelta unas cuadras y me volví á casa.

Si alguien me hubiera estado observando pensaria que mi vuelta era intencional y calculada. En ese instante Dª Dominga y Margarita subian al tramvay quedando Nenna sola en casa.

La tarde se moria.

Cuando entré, Nenna estaba sentada bajo el alguaribay del segundo patio, jugando con las borlas de su mantilla.

— En qué piensas, Nenna, la dije acercándome?

— En nada... en que mañana nos vamos al campo. ¡Qué alegria siento al pensar que veré los árboles, los arroyos, los pájaros!...

— Pero no parece que estuvieras alegre, sino más bien triste.

— No sé, francamente, por qué será; pero hoy siento más que nunca no tener padres.

— Pero por qué? Te pasa algo? Doña Dominga no te quiere, acaso, como una madre?

— Lo es para mí; pero á pesar de lo mucho que me quiere, á pesar de lo mucho que yo la quiero, empiezo á notar la falta de la que me dió el sér, me parece que ella me diria algo, que me explicaria el por qué de cierto pesar que me atormenta y que no sé cual es su causa. Siento vagos presentimientos siniestros...

—Es que recien empiezas á agitar tus álas y sientes la necesidad de alguien que te enseñe á volar, pobre Nenna! Abrele tu corazon á doña Dominga, dile lo que sientes, lo que deseas, y ella suplirá la falta de tu madre. A todos nos pasa lo mismo en la hora suprema en que empezamos á desempeñar nuestro papel en la escena del mundo, y desgraciado aquel que no tiene guias ó que no los sigue.

Y despues de un rato de conversacion con Nenna, me dirigí al hotel, pues era hora de cenar.

Pobre Nenna! pensaba ya en el camino. Inocente y sencilla como Eva en su primer mañana, empieza en ella á agitarse el fuego de sus pasiones encendido por mi compañero, y escucha la voz interior que le dice cuán engañoso es el mundo y cuán mentidas sus perspectivas de felicidad. Infeliz si no huye de esos mirages seductores.

Virgen y ardiente, con una alma apasionada como debe ser la suya, sino mira más que la superficie cristalina y pura del mar de la vida, cuán hondos pesares y cuántas amargas decepciones sufrirá cuando el dolor agite ese mar y haga subir á la superficie las miserias y tristezas que en su fondo esconde!...

Elena en el desierto aun lanza en las horas calladas de la noche su grito de dolor:—Camburé, cuando el desierto está mudo y silencioso aun deja oir los quejidos de su alma entristecida; pobre Nenna, si el vértigo la arrastra, si el ímpetu de sus pasiones, intensas como las de sus padres, sin límites como el desierto, su patria, la precipita en la pendiente resbaladiza del mundo, sin guia ni derrotero!

Sombras de Elena y Camburé, velad por el fruto de vuestro amor!

IX

—Tres dias despues de aquel en que mi amigo partió para la estancia, y dos de la partida de Margarita y la Nenna á quienes vino á buscar el hermano de Dª Dominga, recibí la primer carta de Juan, carta que lo retrataba de cuerpo entero.

Decía así:

Querido Benjamin:

Estoy plenamente convencido: — el hombre obra segun las circunstancias. Y esta es, seguramente, la mejor manera de vivir.

Ahora, ménos que nunca, escucharia tus razonamientos para hacerme comprender que siempre *debe mirarse un poco adelante* y prever lo que vendrá. Nó, de ninguna manera. Es lo mejor fijarse solo en el presente: el porvenir dirá lo que hay que hacer.

Tú sabes cuánto hé odiado el campo y cómo me agradaba la ciudad. ¿Recuerdas mi risa burlona cuando algunas veces te ponias á leer «Al Pasar» de Guido Spano, y me decias que el campo, los arroyuelos, las florecillas y los pajaritos llenaban el alma y

satisfacian sus aspiraciones de paz y de ventura? Te acuerdas cuando te decia que una noche de club ó de parrandas por las calles de Corrientes, Temple, Tucuman, etc., etc., valía más que todas esas pamplinas de poetas?

Pues ahora pienso de una manera muy diferente. Estoy en completa oposicion con mis ideas de ayer; pero me esplico perfectamente que la causa de esta variacion está en las circunstancias. Podría, en cierto modo, decirte que no estoy en el campo sinó que vivo en Nenna. Es Nenna la que embellece todo esto para mí: si ella no estuviera, creo que como siempre tendría horror á estos lugares.

Te prometí ser estenso en mis cartas y quiero cumplirte mi promesa. Voy á contarte minuciosamente cómo he pasado los dias que han trascurrido desde que me vine.

En cuanto al viage, solo te diré que durante la noche lo que hicimos fué galopar y galopar, hasta que al amanecer pasamos la tranquera.

Los primeros saludos que recibimos fueron de los perros. A sus ladridos, los peones que *cimarroneaban* en la cocina, salieron á recibirnos. Mi hermano Cárlos acababa de vestirse y salió á nuestro encuentro.

Mientras el peon desensillaba tomé un mate y dirijime despues al cuarto de mi madre. Ella habia escuchado mi voz y se

habia despertado ya. La besé, me echó su bendicion como buena vieja, y mientras me hacía mil preguntas empezó á vestirse.

Entre tanto, pasé yo al cuarto de mis tias, á quienes tú no conoces pero yo te haré conocer por esta.

La mayor tiene treinta y un años, la otra veintinueve. Esta última se llama Juana; la primera Petrona. Ambas se encuentran todavia vírgenes, ó hablando con mas propiedad, ninguna de las dos se ha casado.

No son feas en ningun sentido, y para convencerte no mires á la vieja y entra conmigo al cuarto de ellas.

Dos camas grandes, como para matrimonio, ocupada cada una de ellas por una de mis tias. Como estamos en verano faltan las cobijas.

Petrona padece, como generalmente se dice, *de mal dormir*. Las sábanas, considerándose tal vez indignas de cubrir tanta hermosura carnal, han rodadado hasta el suelo, y la camisa blanca y escotada, se ha recojido toda. Se le ven las piernas hasta los muslos, los brazos, los pechos.... qué gordura! qué redondeces!... y ella duerme profundamente, como si hubiera pasado una noche en vela ó hubiera tenido algun sueño agitado. ¿No habrá soñado tal vez con que tenia marido?

Perdónenme mis buenas tias; pero como

esto es lo más natural, esto es lo que yo creo. Al fin, justo es que sueñen con eso, pues . . . es lo único que necesitan.

Pasan una vida espléndida, hasta donde puede serlo la de dos mugeres llenas de vigor, llenas de carne, bastante bonitas . . . . pero sin marido, condenadas á dormir solas y á contemplarse ellas mismas sus bellezas escondidas, y cuando más soñar con la realizacion de sus deseos y amanecer destapadas.

Ya sabes mi franqueza y mi modo de pensar con respecto á las mugeres. Comprenderás, pues, que apesar del cansancio de mi viage, si mi madre no se estuviera vistiendo cerca de mi despertaría á mi tia Petrona como nunca se ha despertado tal vez, y de la manera más agradable para ella, indudablemente. Pero las circunstancias obligan.

Dejémosla dormir á ella y á Juana, que boca para abajo tiene entre sus redondos brazos la almohada, — como estrechada en un abrazo de noche de bodas, — y volvámonos al cuarto de la vieja, medio sorprendida acaso de que nos háyamos permitido entrar al cuarto de *las niñas*.

—No he querido despertar á mis tias; — duermen como dos lirones.

— No acostumbran madrugar; ahora se levantarán. Ven, pasemos á la cocina, tomaremos mate. ¿ Salió Cárlos ya ?

— No, mamita; está en la cocina. Pero mire, viejita, mientras tomamos mate hágame tender un catre porque estoy de sueño que me caigo.

— Sí, hijo ; te lo aprontarán ahora. — Sabes que creíamos no tenerte por acá hasta quien sabe cuando? Buena me ibas á tener sino venias para mi cumpleaños . . . . hum !

— Cómo quiere, mamá. Ya sabe que si no vine antes, fué porque la oficina me retenía.

Y la pobre vieja, como todas las madres, creyó en mi disculpa sin sospechar siquiera que si ántes no venia era por estar allí cerca de Nenna.

Sin embargo, tu sabes cuánto amo á mi vieja, y que si ántes no me apuré por venir á verla ahora que estoy á su lado gozo oyéndola.

Pasamos á la cocina, tomamos mate, y cuando ya me estaba por ir á acostar, se presentan mis dos tias, en traje de mañana. Me hice el zonzo, y simulando gran placer de verlas fué mí saludo para cada una de ellas un fuerte abrazo y un beso. Al besarlas no pude ménos que acordarme de Nenna, con sus carnes duras y lustrosas y aquel olor suave que exhala su sér entero. Con su recuerdo, y esperando el dia siguiente para ir á hacerle mi primer visita, me fuí á dormir, pues el sueño y el cansancio me rendian. Eran próximamente las diez de la mañana.

Cuando desperté ya el sol se ocultaba y una leve sombra iba cubriendo los campos. A lo léjos se oía el rumor sordo de las vacas que volvían de tomar agua, los balidos de las majadas que los peones arreaban entre gritos y silbidos ; el ladrido de los perros corriendo de-

trás de alguna descarriada hasta que conseguían volverla al monton.

Los pájaros, los árboles, las flores, todo parecía como fatigado y anheloso de descansar en brazos de la noche.

Subiendo la barranca, alcancé á ver á mis tias que venían del baño, el pelo suelto, los vestidos desprendidos recojidos á media pierna. Cuando llegaron, levemente fatigadas del camino, sentí un escozor insoportable al contemplarlas frescas, las mejillas apénas sonrosadas, y sus blancas y redondas pantorrillas visibles en su nacimiento así como sus piés apénas escondidos en sus zapatillas de baño.

Petrona empezó á peinarse. Parecía que el baño la había vuelto más tentadora: su bata blanca la traía desprendida, como si le fuera imposible contener sus redondos pechos de nodriza, y su boca y su nariz, las encontraba más sensuales y provocativas que nunca.

Ah! Benjamin. Si estuvieras aquí, tú que no eres pariente, ya verías como las circunstancias se imponen y qué pronto tu moral iba á rodar por los suelos! . . . .

Cuando la noche era ya entrada, nos fuimos á cenar. Para no verme en la tentacion de enredar mis piernas con las de alguna de mis tias, me senté léjos de ambas, entre mi madre y mi hermano. Comimos, charlamos, avisé á un peon que á la mañana temprano me despertara, y nos fuimos á acostar.

Al dia siguiente, cuando recien empezaba á

clarear el horizonte, José, un peon de unos diez y ocho años, petizón, fornido y muy ladino, me vino á despertar.

Yo habia dormido poco; pero como el dia anterior fué casi de un sueño para mí, estuve pronto á levantarme.

Y no dormí por la siguiente razón: — El edificio de esta estancia está compuesto de dos cuerpos: uno de material, tres piezas corridas, rodeadas de una reja de fierro que limita al jardin, y un poco distantes una porcion de cuartitos de barro, donde duermen los peones y con ellos Cárlos, para que lo despierten bien temprano.

Las piezas de material están ocupadas la primera por mi madre, la que sigue por mis tias, y la última hace de sala. En ésta pusiéronme cama.

La puerta que comunica con el cuarto anterior la dejé apenas entornada y me acosté. Mis tias empezaron á desnudarse, y yo, desde mi cama, seguía todos sus movimientos y me parecia verlas como por la mañana.

Se sacaron los botines, y yo las veía sentadas acariciarse las blancas piernas. . . . Oía todo; el roce de sus vestidos al sacárselos y quedándose de pié, en camisa, me parecia mirarlas enamoradas de sí mismas, pasándose voluptuosamente sus manos por sus redondos muslos y sus caderas salientes, como prendadas y orgullosas de sus formas y la blancura y suavidad de sus carnes.

Despues oí, cuando subieron á la cama, el crujir de los elásticos oprimidos, y las veía balancearse al compás del movimiento producido, cubiertas apenas con las sábanas; y despues, escondiendo su cabeza entre sus pechos, dormirse con un suspiro ahogado, sin que á su lado nadie gozara de sus encantos, sin que aquellas morbideces hicieran las delicias de una noche de amor. . . . Y yo estaba allí, con mis veinte y dos abriles, ardiente, nervioso y bien dispuesto, pero al fin pariente. . . . ¡Maldita parentela! ¿Te esplicas porqué dormí poco, Benjamin?

Aunque comprendia y queria desechar mis deseos criminales, mi carne, mis nervios, todo mi sér físico nada entendia y me condenó á pasar muchas horas en el mas penoso insomnio. Tanto, que estuve á punto de bajarme al oir toser á mi tia Petrona é ir á hacerle compañia. Oh! y quién sabe cuanto me lo hubiera agradecido! Pero me contuve, dormí al fin un par de horas y llegó José á despertarme.

La frescura de las brisas matinales disipó la especie de fiebre que se habia apoderado de mi sér. Empecé á gozar, mi alma se espandió al contemplar aquel imponente y bello cuadro del despertar de la naturaleza. El aroma de las flores y yerbas campestres, los gritos variados y discordantes de los animales, el armonioso cantar de las aves saltando de una á otra rama, como para desen-

tumecer sus miembros, los peones corriendo en sus fletes de uno á otro lado, revoleando los arreadores, arreando las majadas; los árboles quietos, moviendo apénas sus ramas al soplo suave de la brisa, como temerosos de no poder beber todo el rocío que la noche habia depositado en sus hojas, y mas tarde el sol, alzándose en oriente, esplendoroso y lleno de majestad; todo esto, unido á mi esperanza de estar con Nenna dentro de breves instantes, me hacian inmensamente feliz.

Trotando sin apuro y charlando sin descanso, vamos con José á la estancia donde pienso encontrar á la india. Vadeando el arroyo á cuya orilla estamos, sólo distan las casas unas tres ó cuatro cuadras. — Estará Nenna allí? Tú debes saber si se vinieron al dia siguiente de mi partida, y por tanto sabrás tambien si la encontraré para reanudar mis relaciones. ¿No te habló de mí despues que me vine? Yo se lo preguntaré ahora: ya la diviso desde aquí, en el corral de las tamberas. — ¡Qué linda está!

Pero ya esta carta se hace muy larga y aunque te había prometido al principio decirte todo cuanto he hecho desde que falto de allí, mi deseo de no aburrirte, me obliga á suspenderla aquí prometiéndote otra para pasado mañana y esperando que me contestes.

Mis espresiones de afecto á Dª Dominga y para tí, querido Benjamin, mi cariño de amigo.

Tuyo

JUAN.

X

Conversando con Dª Dominga, le presenté los recuerdos de mi amigo, y ella me manifestó que tambien habia recibido carta de Margarita con algunos renglones de Nenna, en que ambas le manifestaban que estaban muy contentas, que Nenna sobre todo vivía muy alegre, que se habia hecho mas conversadora y mas ágil, que el aire puro del campo y la hermosa naturaleza que la rodeaban habian obrado en ella una transformacion, pues parecia mas desarrollada, mas gorda, con mas brillo en los ojos y sin pasar aquellas horas de melancolía que de tiempo en tiempo solía tener ántes.

—Ya me lo suponia, decia Dª Dominga. El campo le sienta mucho: ella nació en el desierto y al verse allí con aire y luz y espacio renace todo su vigor y vive feliz.

—Y en qué pasan el tiempo? No se aburren de estar allí, casi solas, mirando siempre el mismo horizonte y entregadas á los mismos pasatiempos?

—Margarita que es la que mas podria fastidiarse, me dice que está muy contenta. En cuanto

á Nenna dice que no está un momento en las casas, pues cuando no sale en busca de nidos ó de flores, hace ella misma un mojarrero y se pasa la tarde ó la mañana pescando en el arroyo cercano.

—Entonces no estarán apuradas por venirse.

—Lo que es por mí, pueden permanecer si quieren un mes ó dos; pero ya desearán venir ántes.

Cuando me iba á retirar, Dª. Domiñga me mostró la última parte de la carta que había recibido, un párrafo de Nenna, de una letra clara y redonda, que decia así:

Madrina:

Le escribo estos renglones para decirle que estamos muy bien y muy contentas. Margarita está bordándole unas zapatillas, y no sale casi. Yo me he hecho una machona, y ando á caballo, traigo las lecheras, busco pichones de los que ya tengo algunos grandes, y me voy á pescar y me baño en el arroyo.

Cuando vayamos, voy á llevarle unas plantas para el jardin, de unas flores muy bonitas que salgo á recojer todas las mañanas.

Su ahijada

NENNA.

XI

La segunda carta de mi amigo, que yo esperaba recibirla á los dos dias despues de la primera segun su promesa, la recibí dos semanas despues.

Decia así:

—Doy principio á esta carta pidiéndote disculpa por no habértela enviado ántes. Al leerla te esplicarás el por qué de mi demora y no dudo me disculparás.

Como te decía en mí anterior, el primer dia que la ví, Nenna estaba en el corral de las tamberas.

Llegué hasta ella, díla los buenos dias, y miéntras José ataba los caballos debajo del galpon, la dije:

—Nenna, á tí sola vengo á ver, quiero hablarte, dónde te encontraré sola?

Ella, como si hubiera estado esperando mi pregunta, contestó:

—A la orilla del arroyo, allá donde se vé aquel sauce grande.

—A qué hora, Nenna querida?

—Luego á la tarde, en la hora de siesta.

Y dándome una copa de leche que acababa de ordeñar con sus lindas manos, me dijo:

—Pase, ya se han levantado todos, venga. . . . y me acompañó hasta el cuarto donde estaban tomando el desayuno D. Pancho, Margarita y la tia.

Entré, saludé afectuosamente á todos, y bebiendo la leche que me diera Nenna estuve en gran conversacion durante mas de una hora. Noté que Margarita me atendía mucho, y, ¿lo creerás, querido Benjamin? ella está perdidamente enamorada de mí. . . . Pobre! No despierta en mí ningun apetito, ella, con sus manos largas, su pecho liso, sus brazos flacos y sus ojos sin espresion.

No obstante, para disimular la frecuencia de mis visitas, le he tomado de pretesto y le hago creer lo que ella desea.

Prometiendo volver á la tarde para traerle á Margarita un libro que me pidió, monté nuevamente y haciéndole entender á Nenna que me esperara á las dos, me dirijí á casa.

Era la hora del almuerzo. Estaban todos en el comedor, esperándome únicamente á mi para dar principio. Pusieron sobre la mesa un rico puchero con choclos, que haría la delicia del mejor parroquiano de la *Rotisserie*, despues un asado, una *chatasca*, y á falta de vino, leche. Como postre me sirvieron un plato de *mazamorra*, hecha por mi tia Petrona y tan rica como debe ser ella, que es cuanto te puedo decir.

Durante la comida, les hablé de mi paseo, dije que habia prometido llevarle esa tarde un libro á Margarita, y ni siquiera nombré á Nenna.

Mis tias fueron las primeras en empezar á darme bromas, diciéndome que ya sabian que yo andaba bien con Margarita . . . . que por algo habia madrugado tanto . . . . y todas esas cosas que las solteronas dicen para dar lugar á que se hable de novios, ya que las pobres no los tienen.

Comí como un Lúculo; pero me levanté de la mesa con un gran apetito, un apetito lujurioso de comerme á mis tias . . . . ¡tan gordas y tan sazonadas como están!

Encargándole á José que me despertara y tuviera los caballos prontos para la una y media, me acosté á descansar un rato, no sin ántes bromear un momento con mis tias y toquetearlas un poco.

Cuando fué la hora, partí. Llegué á la orilla del arroyo, y mirando en la direccion del gran sauce alcancé á ver á Nenna, sentada en una piedra, á la sombra de las ramas colgantes, teniendo en sus manos un mojarrero, pero revelando que su pensamiento no estaba en la pesca, que me esperaba.

Durante el camino, comuniqué á José el objeto principal que me llevaba y fiado á su discreción y á su sinceridad probada, hice que un poco ántes de llegar al arroyo, se detuviera y me esperara con los caballos.

Nenna, al verme, sonrió con aquella sonrisa

que le es peculiar, y me indicó el sitio por donde podria llegar hasta ella, sin mojarme. Un poco á la izquierda del sauce, hay unas piedras que siempre, aun en las épocas en que el arroyo crece, levantan sus puntas fuera del agua. Pisando sobre ellas, llegué hasta Nenna.

Serian próximamente las dos y media de la tarde; el rigor de la siesta. Todo estaba en silencio, todo parecía aletargado. Los árboles movian apénas sus hojas, los pájaros escondidos entre el ramaje, con las álas abiertas,, se dejaban estar silenciosos á la sombra; el arroyo mismo no murmuraba, quieto y transparente, reflejando en su cristal el paisage de sus riberas.

Bajo el sauce, colgando de sus ramas, las enredaderas silvestres, abrazándose unas con otras en sus mudos amores, formaban una especie de nicho cuyo interior tapizaban sus hermosas flores de variado color. Sobre su piso de verde gramilla nos sentamos con Nenna.

Nunca, jamás la he visto tan bella! . . . .

Antes de decirle una sola palabra, ántes que ella moviera sus lábios, estrechándola contra mi pecho hundí primero mi boca en el nido de amor de su garganta, junté despues mis lábios con sus lábios, y en éxtasis de amor indefinible bebí largo rato su aliento de vírgen....

Sin soltarla de entre mis brazos, recibiendo en mi rostro el calor de sus ahogados suspiros, levanté los ojos y con el alma henchida de placer contemplé su semblante varonil, iluminado en aquel momento, por la luz de su pasion.—Sus

mejillas estaban levemente sonrosadas; su linda boca entreabierta parecía invitarme á beber en ella néctar de placer; sus ojos, sus lindos ojos de cielo, estaban semi-velados, mis manos habian desordenado su negra cabellera, y el conjunto todo me revelaba que Nenna ardía, que el fuego de sus pasiones se encendía con violencia á mi contacto, que aquella exuberante naturaleza, vírgen y ardiente, exigía satisfaccion á sus apetitos. Y yo, ébrio de amor, feliz como nunca al tener entre mis brazos aquel bello cuerpo vírgen en todo contacto, no hablaba, no le decia una sola palabra, pero mis manos desabrochaban sus vestidos, tocaban sus bellezas interiores, las deslizaba por su seno lleno y caliente, acariciaba sus espaldas, sus brazos, y miéntras mis labios la besaban por todas partes, en el cuello, en la boca, en los hombros desnudos, llevaba la mano mas abajo y apretaba sin abarcarla su gruesa pantorrilla que desnudaba recojiendo la media....

¡Qué momentos sublimes, querido Benjamin!

Nenna, inocente y sencilla, al impulso de su naturaleza potente, se entregaba á mí por completo; pero queriendo hacer duraderas aquellas horas felices, despues de haber estado allí, sobre la verde grama; solos los dos, contemplándola en todo el esplendor de su belleza, sin empañar el limpio cristal de su virginidad, partí prometiéndole volver al dia siguiente, á la misma hora; y ella me pedia sin exigírmelo en su

timidez, que volviera, que me esperaria, y me decía al darme sus besos de despedida: «Lo quiero mucho.... muchísimo.... nadie lo quiere como yo.... adios.»

Volví al lado de José que aprovechando la ocasion, como buen criollo, habia maneado los caballos que pastaban cerca y dormia á pierna suelta, á la sombra de un algarrobo. — Lo desperté, pasamos el arroyo y nos dirijimos á la Estancia. Iba á llevarle el libro á Margarita: una novela *decente, una castidad, un bello libro,* como dirias tú: GRACIELLA.

En esta visita quedé plenamente convencido de que Margarita *se ha creido.* Don Pancho me saludó muy afectuosamente, la tia dormia á pierna suelta, y quedé solo con Margarita, pero sin pensar siquiera ni mucho menos desear convertirme en Fausto.

La entregué el libro, y frunciendo los labios para hacerse tal vez mas interesante, pero tomando para mí un gesto feísimo, me dió las gracias y me permitió sentarme á su lado, ó mas bien dicho, me obligó á ello, pues al lado de la suya habia puesto otra silla, y al invitarme á tomar asiento me la indicó con la mirada.

Me resigné á hacerle el amor, con todo respeto y sin permitirme el mas leve desliz.

Ella jugaba con su gargantilla como para llamar mi atencion hacia su seno; pero yo, que acababa de tener entre mis manos á Nenna rebosante de vida con sus gruesos brazos y sus salientes pechos de virgen, no podia ni mirar

aquel seno en que las costillas se delineaban con toda claridad, en que la mano no hubiera encontrado sino el contacto de huesos. Y sólo me concreté á insinuarle que la queria, sin decírselo claramente, pero dándoselo á entender, ya sabes con qué objeto.

Antes de ausentarme, le pedí una flor que llevaba en el seno, y con el mayor placer me la dió en el acto.

Cuando nos retirábamos volvia Nenna del arroyo, con el pelo suelto y húmedo, revelando que salia recien del baño, y trayendo en una mano su mojarrero y en la otra un monton de flores campestres.

— No se baña Vd., Margarita? Parece que Nenna sale recien del agua.

— Ah! No señor. Temo entrar en el arroyo... Nenna no tiene miedo á nada, y se introduce en el agua sin pensar en los sapos y todos esos bichos que encierra... Ah! yo no podria, de ninguna manera...

— Y no van juntas nunca al arroyo?

— Sí, por la mañana, á veces.—Ella nunca está en las casas. Anda de un lado para otro, y ya la ve Vd. que alegre está ahora, y cuanta salud revela, ¿nó es verdad?

— Oh! sí. Parece que el campo es lo que más le sienta. Dígale que mañana me apronte una copa de leche; pues temprano, á la hora de ordeñar, vendré á verla, Margarita...

Y tendiéndole la mano desde el caballo, me despedí y emprendimos el galope, mientras Mar-

garita y Nenna, convencidas ambas de mi amor, se quedaron mirándonos hasta que nos perdimos detrás de una loma.

Querido Benjamin: Cuán inmensa fué mi dicha al siguiente dia! Imposible me sería, aunque lo intentara, describirte los momentos sublimes qne pasé.

A la misma hora del dia anterior estaba yo con Nenna en el nicho de enredaderas, bajo el sauce, en aquel bello rincon que la naturaleza parece haber hecho con el objeto único de hacerme comprender sus bellezas y el inmenso poder de Dios. Porque en ese dia, como Becquer, al contemplar á Nenna como yo la contemplé, al gozar como nadie ha gozado, en ese dia, sí, he creido en Dios.

La noche la habia pasado febriciente pensando en ella y me dormí con su recuerdo.

Me desperté con el alba, y el primer rayo de sol me encontró sobre mi caballo, camino de la estancia de Don Pancho.

Nenna estaba en el corral de las tamberas. Tenia pronta para mi la copa de leche que el dia anterior habia encargado yo á Margarita, y al brindármela, la dije:

— Luego, á la misma hora, en el mismo sitio; — y sus ojos me contestaron:

— Sin falta, lo espero, no deje de ir!

¡Cómo dejar de ir, si ya no podia permanecer un minuto lejos de ella, si no viéndola todo me parecia triste, mústio, despreciable!. . . . . .

. . . . . .

El arroyo estaba como el dia anterior, quieto y transparente; los pájaros descansaban en la sombra, con las alas abiertas; los árboles movian apenas sus hojas, y Nenna y yo, rodeados de aquel silencio augusto de la siesta, confundidos en estrecho abrazo, nos encontramos de nuevo sobre la verde grama del nicho de enredaderas.

Los lindos ojos de la hija del desierto revelaban el fuego intenso de su alma; sus lábios húmedos me brindaban la dicha; sus mejillas quedaban levemente coloreadas al contacto de mis labios, y mis manos, como el dia anterior, tocaban sus bellezas escondidas, desabrochaban sus vestidos y, deslizándose mas abajo, oprimian sin abarcarlas sus gruesas pantorrillas.....

Y sentí dentro del alma, en aquellos momentos venturosos, todas las bellezas é impresiones gratas posibles de imaginar.

Su voz tenia para mí todas las armonías rossinianas; en cada una de sus palabras de amor, mi alma encontraba toda la sublime dulzura de las melodías de Bellini; y veía ante mis ojos, con la belleza de la realidad, personificadas en Nenna, todas las fantásticas creaciones de los poetas. Julieta, melancólica y pálida, en brazos de Romeo; Beatriz, hermoseada á despecho de la muerte, sublimizando á Dante con su pasion; Margarita, entre las flores de su huerta, emanando el perfume de su inocencia, mas puro que el de sus flores queridas.

Y en el éxtasis de nuestro amor, allí está-

bamos los dos, solos, ébrios de placer, disfrutando con furia de todas las sublimes fruiciones del espíritu y de la materia, olvidados de todo, en aquel bello rincon, á la orilla del arroyo, bajo las ramas colgantes.

Nenna era mia, hermosa, hermosa como una virgen, bella y ardiente como Eva en la hora deliciosa. . . . . !

. . . . . .

. . . . . .

Al fin terminó nuestra dicha en aquel dia. Nenna volvió á cubrirse sus desnudeces provocativas, — y miéntras yo atravesaba el arroyo, la india revelando èn todo su inmensa felicidad, tomaba el camino de la estancia despidiéndose con besos que me arrojaba desde la orilla.

Ah ! querido Benjamin : — quince dias hace que este tu amigo, á quien tu predecias horas de infortunio por su manera de tomar la vida, es el más afortunado de los mortales. Quince dias, que, no sólo por la siesta sinó tambien por la noche vivo en los brazos de Nenna, al calor de sus besos, que me quiere con locura, que dia á dia, á medida que sus pasiones se exaltan más me proporcionan mas placer, mas felicidad.

Varias veces, estando de visita, la lluvia ha hecho que Don Pancho y Margarita me instasen para que pasara la noche con ellos.

Nenna, siempre amante y cada vez mas robusta y bella, me ha brindado sus amores,

como en el nicho de enredaderas, y hemos pasado noches deliciosas, durmiéndonos al arrullo de la lluvia cayendo mansa sobre el pajizo techo.

A veces le he dicho á la india que haría si estos dias de ventura tuviesen la consecuencia lógica que yo no espero, y ella, muy satisfecha, como si sólo eso deseara, me ha dicho que ojalá Dios lo quiera, que ella me dará un hijo sano, hermoso y adorable, y me lo dice con un acento que me hace meditar á veces..... pero que! No habrá nada.

Antes de concluir, quiero comunicarte otra buena noticia: él dia que la vieja cumplió sus sesenta años, D. Pancho, Margarita, su tia y Nenna, invitados por mí vinieron á casa y pasaron el dia, todos admirados del desarrollo de la india y de su belleza, mis tias dándome bromas con Margarita, y D. Pancho enamorándose perdidamente de Petrona, que ese dia dejó ver mas de una vez su gruesa pierna y se esmeró mas que nunca en hacer resaltar sus formas y el abultamiento de sus pechos de nodriza, tanto, que D. Pancho ha formulado ya su peticion de casamiento; de modo que Petrona deja muy pronto sola á mi tia Juana para que se destape y apriete las almohadas y sueñe con maridos, pues ella lo tendrá á D. Pancho que parece mas que dispuesto á pasar un invierno feliz con ella, á quien Dios le dé todo lo que desea y le hace falta.

No sé cuando iré; espero saber el dia en que

se vuelve Nenna. Y no me apuro porque aquí sí que todo es vida y placer. Gozo como nunca y no pienso en nada.

Deseo que te encuentres tambien alegre y me despido con un abrazo.

Tuyo

JUAN.

XII

Así era mi amigo: él mismo se pintaba en sus cartas. Un momento de placer, una mujer bella entre sus brazos, y de nada mas se acordaba que no fuera aprovechar bien aquel momento y vivir feliz aquel instante saciando sus apetitos.

Y así cuidándose sólo del dia presente, habia llegado á sus veintidos años, de dicha en dicha, como para que sus ideas se vieran demostradas por su esperiencia.

Solía tener á veces algunos momentos reflexivos, y en ellos pensaba cambiar de modo de ser, llevar una vida arreglada, preocuparse de su porvenir, y hasta se entusiasmaba hablando de casarse y formar un hogar tranquilo, donde él pasaria sus dias dichoso al lado de una compañera amante y bella la cual le daría unos hijos que serian su orgullo y su contento. Y cuando así hablaba, concluía por maldecir ciertas relaciones que tenía y que siempre le acompañaban en sus farras y parrandas, y juraba no pisar mas esas casas de prostitución donde se marchita el cuerpo y se envenena el alma, y prometia firme-

mente ser en adelante el polo opuesto de lo que fuera hasta entonces.

Pudiera haberse operado su reacción. La vida que hasta entonces llevara podía ser una leccion provechosa. ¿Quien, en esa edad de los placeres, no ha perdido sus noches en busca de un engañoso y falso beso de prostituta?

Pero las buenas intenciones que se agitaban en la mente de mi amigo, en aquellos dias en que se encontraba sin un céntimo, jamás llegaron á ser sinó proyectos, pues así que su sueldo ingresaba á sus bolsillos ó que alguno de los suyos le enviaba dinero, ya empezaba de nuevo su itinerario y pasaba momentos de vida, como él los llamaba, en orgías y en parrandas, recorriéndose de estremo á estremo las calles de Temple y Tucuman en busca de alguna Wallesca que no tiene mayor mérito ni atractivo que hacerse pagar mas caras sus caricias de prostituta.

Algunos dias, cuando él á las ocho ó á las nueve de la mañana volvía recien á casa desde el dia anterior, solía yo decirle porqué se entregaba al vicio de aquella manera y si no le aburría aquel placer comprado á peso de oro, si no le daban asco los besos de aquellos lábios mal olientes que tanto besaban los suyos como los de cualquier leproso que se presentara, y entonces me contestaba:

—Mira, Benjamin; tu conoces al Sr. A... tan respetado por todos, el esposo de esa linda muger que te he enseñado tantas veces, no es

verdad? Pues bien, sábete que anoche, miéntras su familia y sus amigos le hacian en viage, como lo anunciaron ayer los diarios, él estaba entregado á las caricias de Nineta, una bella napolitana relajada y lasciva que hace del viejo lo que se le antoja. Juntos con él estaban tres ó cuatro mas, que no conozco sino de nombre, todos casados, olvidados de su muger y de su hogar. Yo entré, me esperaba mi bella Ana, estuve un rato con ella, me llevó á su cuarto, me acostó en su lecho y allí pasé la noche.

Convéncete, Benjamin, la vida hay que gozarla cuando se puede; siempre sobra tiempo para llorar.

Y habia tal sinceridad en sus palabras, tal convencimiento revelaba su modo de decir, que á veces yo mismo dudaba y solía preguntarme: ¿No será cierto, tal vez, que vale mas pasar los dias de juventud libando el placer donde quiera que se encuentre, sin meditar nada, sin pensar en el mas allá, preocupándose sólo de gozar de todas maneras?....

Pero no; mejor es repartir el placer y vivir feliz tanto en la juventud como en la vejez. — De algo mas que de sus goces debe el hombre preocuparse, y es su mision mas sublime que la de satisfacer simplemente sus apetitos y deseos. — El hombre debe sufrir, y es sufriendo como en realidad se vive; es el dolor el que proporciona mayores goces.

No goza mas aquel que vive siempre en placeres, sin experimentar jamás un sufrimiento

sin tener muchas veces que despreciar lo que pudiera serle grato en el presente, hacer su felicidad del momento, por aquello que ha de traerle mas tarde la dicha incomparable de la satisfaccion íntima, la felicidad de haber hecho el bien, sin que venga nunca á turbar esa dicha el quejido de algunas de sus víctimas, el ¡ay! de algun desgraciado por su culpa.

Y firmemente convencido de la verdad de estas ideas, al leer las cartas de Juan sentía por él, por Nenna y por todos los que iban á sufrir las consecuencias de aquellos momentos felices de mi amigo, tras de los cuales vendrian, mas temprano tal vez de lo que se creyera, momentos de dolor y arrepentimiento. — Que así como á la luz sigue la sombra, así tambien sigue el dolor al placer.

Y cuando, siguiendo la corriente vertiginosa de la época, se abandona el hombre á la materia y olvida el espíritu por completo, la carne, que tarde ó temprano se cansa y languidece, como las ondinas seductoras que matan con sus besos, por cada uno de los placeres que ha proporcionado, guarda un sinnúmero de dolores y sufrimientos,

Las tardes de amor pasadas á orillas del arroyo; las dulces horas que en los brazos de su amor Nenna y Juan, olvidados de todo habían pasado bajo el nicho de enredaderas, ¿no se convertirian bien pronto en horas inacabables de pesar?

Nenna, la inocente hija del Cacique, cuando

llorase su virginidad perdida, su inocencia pasada, lanzaría su gemido de dolor que en la callada noche, llevado por la brisa, iría á encontrar los lamentos que, aun desde su tumba, Camburé y Elena arrojarían por sus penas y las de su hija infortunada....

¡Quién sabe lo que el destino les reservaba! El destino, usurero sin igual por los momentos de satisfacción que proporciona.

Veintidos años, la edad en que recien empieza el hombre á vislumbrar algo en su porvenir; la edad en que con tristeza debe despedirse de su tranquila y apacible vida de niño para emprender, confiado en sus fuerzas, el camino de la vida que se le presenta en distintos rumbos. ¿Qué le servirá de guía para seguir uno de ellos?

La escuela, las lecciones del hogar, las ideas bebidas en los libros, el ejemplo presentado por los que van adelante.

Y mi amigo, con su carácter despreocupado, sin mas idea que la del placer sensual, sin haber nutrido su inteligencia con otras lecturas que las de la literatura nauseabunda concretada á pintar escenas de taberna, á hacer aspirar emanaciones de cloacas y alientos corruptores de Nanas, como si el mundo, que encierra á no dudarlo todas esas podredumbres, no tuviera tambien bellezas para el alma, estaba en esa edad huérfano de fé, sin ideales, sin esperanzas, sin propósitos.

Porqué? Porque el espíritu escéptico del siglo los habia destruido, porque la filosofía rei-

nante le habia dicho que se apresurara á gozar ántes que la tumba le convirtiera en *nada*.

Y Nenna, la inocente india, habia de ser su compañera, marcharía con él, sin rumbos, sin horizontes, llevada por sus pasiones, arrastrada por el ímpetu de sus deseos carnales,

A donde llegarían? Sigámosles para saberlo.

XIII

En la última carta que me escribió Juan, despues de contarme su vida venturosa con Nenna, me decía: «No me contestes la presente, que pronto estaré allí de vuelta. Margarita y Nenna parten mañana. Yo me hé ofrecido á acompañarlas, y para evitar deslices irá Don Pancho con nosotros.»

Doña Dominga tambien los esperaba, pues Margarita le habia escrito diciéndole que venian.

Asombrado me quedé cuando ví á Nenna: en un mes que hacía faltaba de casa, habia llegado á su completo desarrollo de muger.

Los aires del campo, me decia Dª Dominga, aquella vida alegre y suelta, los baños en el arroyo, las comidas sanas y sabrosas, eso era lo que habia producido en la india aquella transformación.

Yo que estaba en el secreto, sabia bien que aquella esplosion de vida, la salud que Nenna parecía desparramar por sus poros, eran la consecuencia de haber llenado esa necesidad tan imperiosa en su edad, esa exigencia brutal de la carne que al ser satisfecha parece hermosearla, vivificarla y fortalecerla.

Era lo que habia pasado: la vírgen y ardiente hija del desierto, sólo necesitaba aquel contacto del sexo opuesto, un hombre que despertara en ella sus pasiones, un sér robusto y fuerte que pudiera llenar las exigencias de su naturaleza potente, para mostrarse en toda su lozanía, con todo el vigor físico heredado del robusto Camburé y toda la intensidad de pasiones que con su sangre le habia trasmitido la cautiva Elena, que habia llevado al desierto y conservado oculto en su pecho todo el inmenso amor que sintió por su esposo infortunado.

Y en Nenna aquellas pasiones habian estallado súbitas, su alma se espandió en el alma de Juan y su materia se vivificó llenando sus apetitos, tal como las flores se abren frescas y lozanas al recibir sobre sus corolas húmedas de rocío, los rayos de sol que necesitan.

Sus rasgos se habian acentuado caracterizando mas su original belleza; la curva soberbia de su seno revelaba, sin que la mirada se esforzara en penetrar, que su corset oprimia unos pechos llenos y hermosos; caminaba y la ondulacion de sus caderas salientes hacía soñar con las voluptuosidades del harem; sentada sus vestidos ajustados, dibujaban con lascivia sus muslos gordos; y su semblante alegre, sus bellos ojos reflejando la satisfaccion de su alma, su boca sonriente siempre y brindando amores, la hacian la mas acabada belleza, rememorando en conjunto las soberbias desnudeces de Cleopatra reclinada con pasion en los brazos de Antonio, los perfiles

fugitivos de la Venus griega y los suspiros de amor de la pálida Hessione lanzando sus quejidos tristes desde el confin del valle donde sufre. . . . . .

Era la vida en su manifestacion mas ámplia: fuerzas físicas y pasiones intensas é irresistibles. ¿Qué podría detenerla en el camino que siguiera?

XIV

Siempre que el hombre, en esas horas de retraimiento y soledad que todos pasan, medita silencioso sobre las cosas humanas, aun cuando la duda de todo le domine, no puede menos que asentir sobre la existencia de un sér superior á él, que tan grande llega á creerse en la soberbia de su pequeñez.

Y es en esos momentos en que el sentimiento de Dios se revela, que busca y pretende encontrar el orígen de sus sufrimientos, pues que todo hombre es desgraciado en los mandatos de una voluntad superior.

Cuando todo es alegria, cuando se camina sobre flores y la vista no descubre sinó horizontes de felicidad y el alma se siente henchida de satisfaccion, entonces la mente no se agita buscando resolver el eterno problema cuya solucion encierran los sepulcros; solo cuando sopla el viento de la desgracia, solo entónces, para hallar una causa á nuestros males que nosotros mismos originamos, desviamos las miradas del mundo para fijarlas en Dios...

Es que, así como tras los dias nebulosos

surje al fin radiante y pura la luz del sol, así tambien en el hombre, aunque el vértigo de la pasion le ciegue, aunque ensordecido por el estrépito del mundo no oiga mas que los gritos de su vanidad y los mandatos de su pasion, llega la hora en que sus ojos se abren, en que la voz de la razon, la voz de su conciencia se hace oir, sobreponiéndose á todo, pero.... tarde casi siempre para evitar nuevas desgracias.

Para mi buen amigo Juan, que habia llegado á sus veintidos años libre de sufrimientos, alegre, sin preocuparse de nada que no fuera gozar; empezó desde esa edad que para otros es el comienzo de una vida feliz, á nublarse el horizonte de sus destinos. Su alma era noble; sus sentimientos generosos y puros, y solo la corriente de la época le habia arrastrado, solo las costumbres reinantes habian trastornado su mente y originado en él un estravío desde sus comienzos, que los hizo solo, sin guia. Huérfano de padre á los doce años, solo le quedaban los consejos tiernos de su madre amante, que le adoraba, que se afanaba por llenar sus deseos y no contrariarle en nada. Y esos consejos maternales, tan puros como los besos de la cuna, que escuchados endulzan siempre las amarguras de la vida, los olvidaba mi amigo para dar oidos á las tentaciones mundanas, para lanzarse con todos entre el turbion de los placeres . . .

. . . . . .

Un mes despues de la vuelta del campo, mientras nos desvestiamos para acostarnos, em-

pezamos á conversar, y recayó nuestra conversacion sobre Nenna.

— La cosa me preocupa más de lo que yo hubiera creido nunca. Algo como presentimientos siniestros de males futuros me asaltan de vez en cuando.

Anoche, como siempre, despues que se hubo acostado Doña Dominga, fuíme al cuarto de Nenna. La encontré despierta, me esperaba; pero no con aquella sonrisa inocente que siempre asoma á sus lábios: estaba algo triste. A penas llegué á su lado, me dijo: — Juan, hoy he sentido ciertos dolores..... lo conozco bien, llevo en mis entrañas un hijo y el secreto de nuestros amores tendré que revelarlo: ¿qué quieres que haga? Espero á que nos descubran, ó crées que será mejor comunicarle todo á madrina?.... Todavía faltan meses, pero al fin todo se sabrá. Oh! el cielo me escucha: yo le he pedido siempre, en mis oraciones, que hiciera más fuerte el lazo de nuestro amor, que nos diera un hijo, un hijo que goce con nosotros, que reciba tambien nuestras caricias, que complete nuestra felicidad... Sí... que todo se sepa pronto: yo me iré á tu lado, donde tú me digas y viviré sólo para tí, y mi corazon será sólo tuyo, tuyo y de nuestro hijo querido...

— Espera, la dije; nada digas, pero no temas nada, siempre estaré yo para tí,— pues la india parecia como inquietada por un vago presentimiento de que yo la olvidaria, y yo que encuentro en ella verdadero placer, que la amo por su

inocencia, por su pureza, por esa perenne infancia en que vive, desde anoche medito cómo salir del paso con bien para todos. ¿Qué me aconsejas tú, Benjamin?

— Esperaba este momento con la seguridad de que él llegaria. Sé hombre una vez por todas, haz lo que te ordene tu conciencia, lo que te diga el corazon. Las entrañas de Nenna guardan un ser que es de tu sangre, que no debes abandonar. Un dia más ó menos tiene que llegar todo á conocimiento de Doña Dominga, y ya comprenderás que ella no ha de permitir la permanencia de Nenna á su lado, pues su misma reputacion, la honra de su casa se verian afectadas con ello. ¿No crées que tu madre, que es toda amor para tí, consentiria en tener á Nenna á su lado? Este me parece el camino mejor....

— Mi madre... ¡pobre madre! Tanto que me ama y darle este disgusto! Pero estoy seguro que ella aceptará, sí, yo se lo pediré, y su bondad infinita nada me niega. ¿Y te parece que Nenna comunique su estado á Doña Dominga?

— ¿Qué obtendreis con ocultarlo? De todos modos debe saberse.

— Le diré que se lo comunique, y cuando me llame la vieja le propondré lo que tú me acabas de indicar.

¡Maldito destino! ¿Porqué Dios no permite que uno viva siempre satisfecho? Un dia de gozo y trás él, años de sufrimientos...

— Ah! no es Dios el causante. Recuerda cuando te decía que siempre es bueno mirar un poco más allá del momento presente. Debias prever que todo esto sucederia...

Al dia siguiente estábamos todavia en cama, cuando se presentó el cartero con una carta para Juan. Era de la estancia. La abrió y leyó:—«Juan: Nuestra querida madre des-
« de ayer está enferma y pide que vengas,
« que quiere verte porque piensa que vá á
« morir. Vente pronto, que yo tambien creo
« ha llegado el momento triste de perderla.
« Tu hermano: Cárlos."

Una hora despues mi pobre amigo, triste, pensando en Nenna y en su anciana madre, emprendía el camino para la Estancia, diciéndome al partir: «Benjamin, si algo sucede, ayúdame á soportar mi desgracia. Despídeme de Dª. Dominga y Nenna y díles la causa de mi viage.»

XV

En la tarde del mismo dia, estaba yo en mi cuarto, solo, pensando en mi pobre amigo, cuando se presentó Margarita á decirme que Dª Dominga me llamaba, que fuera pronto á ayudarla pues Nenna sufria en aquel momento un fuerte ataque.

Corrí al otro pátio. Dª Dominga, que al momento se explicó todo, hizo retirar á Margarita y quedamos solos ella, Nenna y yo.

La pobre india, tendida en su lecho, se retorcia en una convulsión terrible. No hablaba, lanzaba solo un gemido lastimero, apretaba los dientes y con las manos se aflojaba ella misma sus vestidos.

Doña Dominga, solícita, le prodigaba sus cuidados, le daba suaves friegas en el vientre y con un abanico le hacía viento. Al cabo de un breve rato, Nenna lanzó un suspiro profundo, escondió su cabeza entre sus brazos y comenzó á llorar, silenciosa, sin decir una palabra.

—Pero cómo, de donde sale esto, me decía Dª Dominga?

—Señora, todo lo sé. Trate de consolar á Nenna. La dejo sola, luego hablaremos.

Dª. Dominga quedó con Nenna, y al rato se presentó en mi cuarto.

—Está bien ya?

—Duerme, la pobre, fatigada del ataque, y despues de haber llorado mucho. Me ha confesado todo. Juan, ¡qué infamia! él ha sorprendido su inocencia. Y ahora se vá al campo con pretesto de enfermedades, para no confesar su crímen y arrostrar sus consecuencias. La india está embarazada. La interrupcion de sus funciones le ha causado esa convulsion, que no se repetirá.

—No cree necesario llamar médico?

—No; la cosa no es de gravedad, á todas las mugeres les acontece lo mismo, en los primeros meses, sobre todo cuando es el primer embarazo. Lo que si es necesario, tomar alguna determinacion; esto no puede quedar así, yo no puedo permitir que Margarita tenga á su vista ese mal ejemplo. Mis relaciones, mi familia no lo permitirían tampoco. Mucho la quiero á Nenna, ¡desgraciada! pero todo mi amor no basta para impedirme cumplir mi dedeber. Seré siempre para ella una amiga, pero tendré que apartarla de mi lado, aunque me duela mucho. Y pronto, ántes que nadie se aperciba de lo que sucede.

—Señora, ya lo sabe Vd.: Juan se ha ido al campo porque su madre enferma lo llama; crea que él está dispuesto á todo y hasta hemos con-

versado ya sobre el particular. ¿No quisiera Vd. esperar su vuelta ?

—Pero cómo se ha atrevido á abusar de ese modo de la inocencia de Nenna, porqué tan mal corresponde á mi confianza? Y dónde la llevará, que hará con esta pobre india ?

—Todo puede arreglarse, señora.— Nenna irá contenta donde él la lleve, pues le ama con delirio.—Consuélela Vd., hágale entender que la perdona, é infúndale valor para arrostrar su infortunio, pues ella tambien á Vd. la ama y sufrirá mucho al tener que apartarse de su lado.—Si Juan no viene pronto, yo le escribiré.

—Ponga Vd. de su parte lo que pueda. Yo haré todo cuanto me sea dado por consolar á Nenna y por ocultar lo que pasa. Fingiremos que la mandamos al campo hasta que se desocupe. Pero es necesario hacerlo pronto, yo no quiero que esto se sepa de ninguna manera.

— Señora, mañana escribiré á Juan, y veré lo que dice. Confie Vd. en que todo se arreglará.

— Se lo agradeceré con el alma, pues lo que haga por Nenna lo hace por mí, que la amo entrañablemente y que sufro como Vd. no se imagina al tener que tomar esta determinación . . . . . .

Y llorando, se alejó Dª Dominga, yendo al cuarto de Nenna, que aun dormia.

Mi amigo en tanto iría camino de la estancia, dividiendo sus pensamientos entre su anciana madre enferma y Nenna. Llegaba el momen-

to en que la vida tendría para él amarguras que no conocía, desencantos que nunca habia sufrido. — Y para Nenna, para aquella huérfana tan bella como las esperanzas de ventura qae concibiera su alma sencilla, ¡quién sabe lo que el porvenir le deparaba desde aquel dia!

. . . . . .

Era un dia lúnes, cuando próximo á salir de mi cuarto, se presentó mi amigo. Su trage era negro todo: su rostro pálido, ojeroso, revelando el hondo pesar de su alma.

Su saludo fué un abrazo, abrazo de amigo en que parecía querer comunicarme todo su dolor y pedirme consuelo, como si nuestra amistad se hubiese hecho mas íntima en aquel momento. Despues me dijo:

—La perdí . . . . pobre vieja! Ya nada podrá consolarme . . . .

— No desesperes, Juan. Todo en la vida tiene término, y si bien nada conseguirá reemplazar á tu buena madre, que las madres son únicas en el muudo, confía en que tus dolores encontrarán alivio. Ese trance está reservado á todos. Dichoso aquel que, como tú ahora, al perder el amor y el consuelo de la madre, tiene otro amor que mitigue sus pesares.

— Sí, tu amistad, el caríño de mi hermano y el amor de Nenna . . . . pero ¡ay! . . . . la felicidad de verla sonriente y tranquila, de contemplar aquel rostro venerable, de oir aquella voz dulce y cariñosa y sus santos consejos . . .

— Resígnate, y busca alivio á tus penas

consolando á quien tambien sufre ahora . . . Nenna....

—Se supo todo al fin? Ah! ya no podré llevarlá á su lado....

— Doña Dominga, enterada de lo sucedido está apurada porque Nenna salga de esta casa.

— Y la india, qué dice la pobre india? Sí, yo la llevaré conmigo, viviré con ella. ¿qué me importa lo demás?

—Es necesario que la veas á Dª Dominga, hoy mismo si posible fuera.

—He pensado en esto y me hé decidido á pedirte un servicio: no puedo, ahora ménos que nunca me encuentro con fuerzas suficientes para encarar mi situacion. Te encargo que arregles como lo creas más propio el modo de sacar á Nenna. Toma esta tarjeta: con ella puedes presentarte y Nenna será recibida. Dile tú mismo á la india que la llevas á donde yo estoy, que yo no puedo presentarme delante de Dª Dominga; pero que venga, que siempre soy el mismo para ella. Discúlpame en lo que puedas, y avísame cuando todo esté hecho. Yo he venido sólo porque tu carta me apuraba mucho. Hoy mismo, dentro de un momento, me vuelvo á la estancia. No quisiera ser visto aquí: si estabas por salir, vamos juntos. Te diré en el camino lo que deseo hagas.

Y salimos de aquella casa, donde mi amigo no volvería más.

Haciéndome cargo de su situación, ni un momento dudé en aceptar la tarea que me impo-

nía la amistad que profesaba á Juan, á Nenna y á Dª Dominga que siempre habia sido para mí una señora atenta y servicial.

Volvíme á casa: Nenna bella en su dolor como nunca, con esa belleza melancólica de las noches de luna, estaba sentada bajo el alguaribay del segundo pátio.

Pálida, con su negra cabellera naturalmente ondeada, sus lindos ojos azules tristes de la tristeza de su alma, rodeados por un círculo oscuro que hacía más resaltante la luz de su mirada; vestida con sencillez, hizo nacer en mi mente la imágen de Graciella triste, errabunda sin consuelo en el mar de su desdicha....

Me acerqué á ella. Al verme, de sus ojos brotaron dos lágrimas, transparentes y puras como dos gotas de rocío sobre la corola marchita de una rosa al caer la tarde.

—No llores, Nenna: Juan me envia para que en su nombre te diga muchas cosas. ¿Estás mejor ya?

—Sí, bien; pero porqué Juan no viene ¿No quiere verme, no? se ha ido....

—No, al contrario: porque desea verte es porque me envia. ¿Nada te ha dicho Dª Dominga?

—Sí: ¡pobre madrina¡ Me habló hoy de que Juan me llevará con él, me dijo que lo esperaban, que pronto vendría, pero él no viene no vendrá tal vez. . . .

—Aquí no; le falta valor para presentarse, no quiere hallarse delante de Dª Dominga; pero

yo te conduciré á donde él te espera para vivir á tu lado. Yo le diré esto á Dª Dominga, y tú irás, ¿no es verdad?

— Por estar con él, iré donde quiera. Madrina me quiere mucho, sentiré dejarla; pero yo sé que ella me perdona y que se alegrará al verme feliz.

Pero dónde iré? Porqué Juan no viene á llevarme?

— Confías en mí? Pues bien, yo veré á Dª Dominga, y mañana mismo, si tú lo quieres te llevaré á casa de una señora muy amiga de Juan, donde estarás hasta que él venga, que será dentro de pocos dias. Conocerás á la señora y verás que nada debes temer allí. Ten valor Nenna, que ya tus dias serán dichosos; no llores más, Juan te quiere y hará tu felicidad.

— Me quiere... sí... él me lo ha dicho. Yo tambien le quiero con locura, como nadie. Hoy más que nunca porque llevo en mi vientre un ser que tiene su sangre, porque dentro de pocos meses seré la madre de su hijo, y yo quisiera que sus caricias no le faltaran, que él lo viera, y entónces me querrá todavía más, porque se verá en su hijo, porque el fruto de nuestro amor lo estrechará más.....

— Bueno, Nenna; prepárate para ir al lado de Juan; voy á hablar á la señora.

Y dejé á la india que pareció consolarse al oir mis últimas palabras. Sin embargo permaneció sentada, y su semblante no reveló la ale-

gría que yo esperaba le produjera la esperanza. Es que iba á abandonar lo que para ella habia sido su hogar, á los séres con quienes habia vivido en compañia alegre y dichosa, á Margarita que era como su hermana; á Dª Dominga, en quien habia encontrado las caricias de una madre; y la tristeza que esto le causaba, los pensamientos múltiples que se agitaban en su mente, ahora que iba á emprender una vida nueva; el presentimiento, tal vez, de futuras desdichas, eran como un dique opuesto al desborde de júbilo que debian causarle la próxima realizacion de sus deseos: vivir con el sér que amaba con el padre del hijo que llevaba en sus entrañas.

Aquel mismo dia hablé á Dª Dominga, hícele comprender la causa porque mi amigo esquivaba su presencia, y convino conmigo en que Nenna iria á la casa donde me habia encargado Juan que la llevara.

No sería al dia siguiente que Nenna partiria, sino dos dias despues. Mientras estos transcurrian, Dª Dominga, Margarita y Nenna lloraban continuamente.

La india, cuando por la mañana recorria el jardin, parecia acariciar aquellas plantas que ella habia visto nacer y crecer con sus cuidados, y sus lágrimas caian sobre sus hojas, levemente agitadas por el aire matinal, como despidiéndose con su movimiento de la que habia sido su cuidadora cariñosa.

Margarita lloraba la separacion de la com-

pañera de sus dias y el desvanecimiento de las esperanzas que le hiciera concebir el mentido amor de Juan en la estancia de Don Pancho.

D.ª Dominga derramaba sus lágrimas porque el corazon le anumciaba que Nenna, la pobre huerfana hija del infortunio, sería tal vez más desgraciada en el mundo que los autores de sus dias.

Yo sentia una mezcla de alegria y de tristeza, pues si á veces creía en que mi amigo haria la felicidad de Nenna, otras pensaba en su carácter despreocupado y versátil y temia que olvidara sus deberes.

. . . . . .

Llegó al fin el dia terrible. Nenna derramó sus lágrimas en el seno de su hermana Margarita y ambas se abrazaron largo rato... ¡El último abrazo quizás!....

Subimos despues con Dª Dominga al carruage que nos esperaba y nos dirijimos á la casa de Dª Isabel, la amiga de Juan, donde Nenna se despidió de Dª Dominga como una hija se despide de una madre para empezar su vida de muger.....

. . . . . .

Acompañé á Dª Dominga á su casa y volví despues á consolar á Nenna. Dª Isabel la habia instalado ya, y la pobre india, rendida por el dolor, dormitaba en su lecho.

No la desperté, y me puse á escribirle á Juan, dándole cuenta de todo y encareciéndole que viniese pronto.

XVI

—Me basta con este mundo de amor. No, no quiero volver á mi vida anterior, donde solo hé hallado mentiras y ficciones. Esto es real, este es amor, amor puro, para que buscar farsas ?.....

Así me hablaba Juan, sentado en mi compañia y la de Nenna, mientras almorzábamos.

Estabamos en su nueva casa. Había vuelto del campo, inmediatamente hizo amueblar la linda casita que ocupaba y allí se trasladó con Nenna, resuelto á llevar una vida retirada, cansado ya de su libertinaje de ántes y viviendo feliz en los brazos de la india.

Esta volvió otra vez á su vida dulce y apacible. Dichosa con mi amigo, recordaban juntos á Dª Dominga y Margarita; ella sentía y estrañaba su compañia, pero todo lo compensaban las caricias de Juan.

No lloraba ya, y su semblante de singular belleza, aquel rostro pálido y aquellos azules ojos, contrastando con la negra cabellera naturalmente ondeada, habian tomado otra vez su espresion angelical y plácida.

Nenna era otra vez la hermosa enamorada que á la orilla del arroyo habia brindado la felicidad á mi amigo, alcanzando ella misma momentos de supremo deleite al satisfacer las exigencias imperiosas de su nerviosa y robusta naturaleza.

Allí, en aquella mansion modesta que ella sola cuidaba, las noches deleitosas de la estancia se habian renovado; nuevamente, olvidados de todo, se habian dormido uno en brazos del otro, al arrullo de su amor, despues de haber esperimentado las más dulces fruiciones de la carne, enardecida más con la corta separacion en que habian estado. Y en sus momentos de placer, en los espasmos supremos del amor que los unía, sus bocas húmedas solo se separaban para decirse mútuamente: «Sí, siempre lo mismo, siempre viviré para ti, sólo para ti... »

Eran dos séres felices porque vivian satisfechos con su suerte. Yo gozaba en su ventura, y amenudo les hacia compañia á la hora del almuerzo, pues me lo exigian y no quedaban conformes si faltaba á su invitacion. Miéntras almorzábamos, solia decirle á Nenna:

—¿Qué falta aquí para que la dicha de Vds. sea completa?

Nenna entonces, ruborizada, pero con un rubor que demostraba su inmenso gozo, miraba á Juan y sonreía con su sonrisa inocente, miéntras mi amigo parecía decirme con la mirada:

—Sí, un hijo, el lazo que estrechará mas á nuestro amor.....

En aquella santa paz del hogar vivieron Nenna y Juan cada vez mas conformes con su suerte venturosa. Yo gocé tambien con ellos, ví nacer el pequeño Ernesto, el fruto primero de sus amores, le ví crecer, recibiendo en mis brazos el agua del bautismo, y cuando contaría próximamente cuatro años de edad, concluidos mis estudios, ó mas propiamente dicho, conseguido mi diploma profesional, volví á mi ciudad nativa, donde me dediqué al ejercicio de mi carrera.

Los primeros años que estuve ausente recibí á menudo cartas de Juan y Nenna, en las que me decian que siempre vivian dichosos, que Ernesto era ya *un hombre*, que mucho deseaban verme y que esperaban les hiciera una visita.

Trascurridos próximamente tres años, cesaron por completo de llegarme sus cartas.

Como á los quince meses de no saber nada de ellos, tuve que hacer un viage por necesidad y para recreo á un tiempo, y volví á Buenos Aires.

Hacía próximamente unos siete años que Nenna y Juan se habian instalado en su modesta casa. Me dirijí á ella y á nadie encontré. La casa estaba sola.

Algo como un viento de infortunio agitaba las yerbas de sus techos.....

XVII

—En el hotel que me hospedaba, encontré por fortuna algunos antiguos camaradas, compañeros de oficina ó de colegio. Ellos se encargaron de hacerme pasar unos dias alegres.

Como disponia de algunos dias para ello, aceptaba las invitaciones que me hacian. Me divertia con ellos y al mismo tiempo les seguía á ciertas partes no tanto por placer sinó por observar.

Una de las cosas que mas me preocupaba era saber dónde se encontraban Nenna y Juan.

Concluida la cena, salíamos á pasear, y tomábamos á veces la calle 25 de Mayo siguiendo hasta Lavalle y doblando para el Oeste. Allí es donde se puede observar á qué altura ha llegado ya el vicio, ó mas bien, á que profunda sima ha descendido el decoro social en cierta clase, y cómo no se ruboriza ya de ella la ciudad que en otro tiempo un sentimental vate comparaba en su candor con la inocente Linda de Chamounix.

No andábamos una cuadra sin encontrarnos con alguna *viudita*, completamente de

negro, que á las primeras de cambio nos salia con esta frase: *Vayan á chichonear á su abuela,* — y seguia su camino para volver por la opuesta acera, hasta que encontraba álguien que la llevaba á una de esas tantas mansiones alentadoras del vicio que conocemos con el nombre de Posadas, donde en realidad se posa el vicio y la desvergüenza.

Nosotros recorriamos las calles Temple y Tucuman, únicamente *pour voir*, y para qué no decirlo? Algunas veces *pour faire.*

Al tercer dia de mi llegada, cenando, entablamos esta conversacion:

—A donde iremos esta noche? A Variedades?

—Uff!... aquello me cansa. Mme. Sebastiany no sabe dar en el clavo.

Ha traido un monton de francesas flacas y feas, sin gracia ninguna, que ni siquiera saben cancanear como es debido..... Un monton de deshechos de París. . . . Y nos quiere hacer tragar eso? No. . . . no. . . .

—Y entonces, pues? Piensas acaso ir á dormirte en una butaca de Colon?

—De ninguna manera. Pero tengo una parte á donde ir. Hoy me han noticiado de una casa donde se encuentra una *cosita chic,* una cosita reservada sóla para el Ministro X y para S. E. grande. . . .

Una belleza que dicen es lo mas original, tanto física como moralmente.

Un amigo mio, que la visitó, salió tan impresionado de su presencia, que escribió en su cartera estos versos:

Es una criolla de mirada ardiente,
Lasciva, fogosa,
Capaz de reanimar hasta un cadáver
En su mortuoria fosa.

Pero es muger, al fin, y sus encantos
Y su alma y su decoro,
Todo lo vende estúpida, lo tira,
Por un puñado de oro!

Misterio de la vida! Esa mirada
Que hace perder al corazon la calma,
No revela que Dios existe en ella,
Que el cielo entero está dentro de su alma?

Y hambrienta de placer se hunde en el vicio,
Vive del crapulismo en la miseria....
¡Quién pudiera saber si hasta ese abismo
La arrastra el sentimiento ó la materia!

Debe ser, pues, algo que sale de la vulgaridad, y creo que pasaremos un buen rato.

—Y tú sabes la casa?

—Tengo esta tarjeta, con ella entraremos. Como tú eres transeunte, si te agrada serás el preferido. Nosotros esperaremos otra oportunidad.

—Convenido, iremos allí.

Concluida la cena, nos metimos al poco rato en un carruaje. Fuimos primero á dar una vuelta por entre las umbrosidades de Palermo y nos detuvimos á la venida en una casa calle Suipacha.

Mi amigo presentó su tarjeta y entramos.

El interior era espléndido. Nos recibió una señora, á quien saludamos de la manera mas familiar.

—Madama, qué tal? Mucha gente?...

—Hay algunas personas, nos respondió en un idioma mezcla de aleman y español. Pasen, vamos al salon. El salon estaba en el segundo pátio.

El primero, en que nos encontrábamos, era un delicioso jardin. Un pátio rectangular con un pasadizo en el fondo que conducía al segundo. Se caminaba entre hileras de jarrones con sus flores recien abiertas cuyos perfumes enbalsamaban el ambiente haciendo nacer deseos voluptuosos. Las puertas de las piezas, abiertas, dejaban ver en su interior magníficas camas, bajas, limpias, rodeadas de espejos; y en el suelo, sobre la alfombra, colocados sin órden, almohadones de raso...Todo alumbrado por la media luz del gas, que espera derramarse toda en los momentos en que la habitadora descubre sus desnudeces.

Llegamos al segundo patio. Entramos al salon: lujo espléndido, espejos, colgaduras, muebles riquísimos, mullidos sofáes, sillones que parecian nidos de voluptuosidad, y un ambiente cálido, un olor penetrante de muger...

Nos pusimos á beber cerveza, y la madama nos dejó solos.

Mientras bebíamos llegó á nuestros oidos una voz dulcísima, algo apagada, y las notas

gemidoras de una gitarra, que acompañaba la canción siguiente:

Ilusiones de mi infancia
gratos sueños de otra edad;
no agiteis mi pensamiento
volad, volad!

Lúbricos cantos
de mi lábio broten;
mágicas frases
de carnal amor,
rápida quiero
continuar la danza
del mundo engañador,
del mundo engañador.

Calló la voz, y despues de unos gemebundos rasgueos de la guitarra, volvimos á oir:

Tósigo al mal
encontraré en las copas;
ávido el cuerpo
de placer sin fin,
célicas horas
de deleito y gusto
le brindará el festin,
le brindará el festin.

Y al compás de un solo grito,
„placer, placer!"
olvidando mis pesares
al sepulcro rodaré.

Y siguió á la música una carcajada violenta á la que siguieron otras y despues otras.

—Hola, dijo uno de mis compañeros á la madama que habia vuelto; tenemos *farra*.

—Sí; pero es entre *ellos* solos.

—Y no podemos entrar nosotros?

—De ningun modo, si no lo permiten *ellos*.

—Y quienes son *ellos*.

—Fulanos, dijo la Madama, pronunciando algunos nombres.

Entonces mi amigo envió una tarjeta y entramos.

Era una orgía espantosa. El humo de los cigarros no dejaba distinguir los rostros claramente; pero se veían ocho ó diez mugeres bellas, pero de una belleza marchita, llenando con sus carnes á otros tantos hombres que las acompañaban.

De entrada varias se vinieron sobre nosotros y nos abrazaron. Despues nos brindaron cerveza, licores, cigarros, besos, en fin, nos hicimos camaradas en el acto y siguió el jolgorio.

No habia uno de aquellos séres qne no estuviera en completo estado de embriaguez. Los hombres sin saco, sin sombrero, con los rostros encendidos, la boca abierta, como cansados de sensualidades. Las mugeres desabrochadas, las largas cabelleras en desórden, mostrando sus pechos y bebiendo desenfrenadamente al mismo tiempo que reían y hacian toda clase de obscenidades, metian las manos en todas partes y tomaban las posturas mas raras y mas incitantes. Y envolviendo todo aquello, una atmósfera tibia, caliente, con olores de carne...

Al entrar nosotros todos se rieron y alzaron las copas; pero á mí me pareció oir una sola risa, una carcajada sola, la misma

que habia oido en el salon como final inesperado de la cancion que ántes oyera. Miré hácia el lado de donde venia, y ví á una de ellas que derramaba su copa de cerveza sobre la calva de un viejo, de aspecto raquítico y vicioso, que se le habia dormido en las faldas. A su lado, en el suelo, yacia una guitarra con las cuerdas rotas.

Despues que derramó la cerveza, se levantó, se aproximó á la mesa, y de un puntapié hizo rodar todo, vasos, botellas, sillas, miéntras todos se reian estrepitosamente, diciendo una de ellas:

—Rompan, rompan, que pague ese viejo imbécil é indecente. . . .

—Más cerveza, más cerveza. . . .

Y volvieron nuevas botellas y empezaron á beber todos nuevamente, miéntras la autora del destrozo, arrancando á la prima de la guitarra una nota triste, reclinada en un divan parecia gozarse en la contemplacion de aquel bochinche.

Vestia de color rosa, llena de cintas y lazos;—el cabello, un hermoso cabello ondeado y renegrido, le caía en desórden sobre las sienes;—los dedos llenos de anillos y sortijas, los piés primorosamente calzados con un botin de raso blanco, las medias caidas y el vestido recojido dejando ver una gruesa y bien torneada pantorrilla.

Se reía estrepitosamente; pero era una risa indefinible, mezcla de dolor y de alegria;

risa nerviosa, histérica. Yo me acerqué á ella, — sentéme á su lado, miéntras todos seguian bebiendo y riendo, y cuando alzó la vista para mirarme quedé atónito, inmóvil, azonzado, y ella dejó de reir clavando en mí la mirada lánguida de sus azules ojos, en los que yo leí en aquel instante todo un poema de dolor.

Estuvo contemplándome con una fisonomia indescriptible, diabólica y angelical al mismo tiempo, y al cabo de un rato, apartándose los cabellos que le caían sobre la frente, lanzando un profundo suspiro:

— Benjamin! esclamó, y se arrojó á mis brazos volviendo á lanzar su carcajada histérica y nerviosa.

Yo la recibí en mi seno, y al esconder su cabeza sentí en mis manos la humedad de sus lágrimas.

— Ven, me dijo tuteándome; ven, ven pronto, salgamos de aquí. . . . y mirándome fijamente, con el rostro de una espresion de inmenso dolor, se dirijió á su cuarto, llevándome de la mano que me estrechaba fuertemente, cual si temiera que me le escapase.

Atravesamos por entre las flores y llegamos á la pieza situada al lado del zaguan. Mis compañeros quedaron en el salon con los demas, y oíamos sus voces orgiacas y el ruido de las copas. . . .

— Nenna, la dije al entrar en su cuar-

to; — Nenna, ¿cómo has descendido hasta aquí? Cómo has podido caer desde aquel templo augusto de la virtud y la inocencia donde te dejé á mi partida, hasta este inmundo asilo del vicio y la corrupcion? Habla, esplícame, ¿qué vértigo te arrastró hasta el fondo de este abismo? ¿Dónde están Juan y tu hijo y Margarita. . . . qué se han hecho?

Nenna estaba muda, acongojoda, casi muerta. Queria hablar y el llanto se lo impedia; queria levantarse y las fuerzas le faltaban; sólo su semblante que revelaba en su conjunto todas las bellezas, hablaba espresando sus pesares...

Al breve rato sus brazos se colgaron á mi cuello, y entre el raudal de sus lágrimas, ahogándose su voz entre sollozos, clavándome la mirada infinita de sus ojos celestiales.

— Benjamin, me dijo, por él, por Juan solo estoy aquí.... ah! soy muy desgraciada, pero no, no lo culpo.... Nunca, nunca hubiera podido ser él mí esposo.... una india, una mucama.... la sociedad se indignaba, su familia padecía....

Se fué, se fué para siempre, llevándome á Ernesto, á mi hijo querido, al hijo de nuestro amor.... Y la india me soltó el cuello tendiéndose en el lecho y llorando amargamente, desesperadamente.

Yo estaba aturdido, uní mis lágrimas á las suyas.

— Se fué, prosiguió Nenna; se fué, y me encontré sola, sin sus caricias, sin las caricias de

mi hijo, sola con mi dolor!... Busqué amparo y no lo hallé.... Todos me rechazaron, rechazaron á la culpable.... Luché, luché miéntras pude con mi destino, pero al fin he caido vencida, y busqué este lugar para matar mis dolores acabando muy pronto con mi existencia....

No me recrimines, por piedad, Benjamin; no me hables del bien, de la virtud; no evoques el recuerdo de aquellos dias de ventura que pasaron, porque ¡ay! sufro mucho y harto castigada estoy de mi falta.

Ya no te veré jamás, nunca. Ya no puedo, no quiero ni debo verte. El cielo ha escuchado mis ruegos y ha permitido que pudiese alcanzar tu perdon y con el tuyo el de todos.... Sé feliz: siento por fortuna que la vida ya no será muy larga para mí y que pronto dejaré este mundo donde tanto he sufrido.... Besa en mi nombre á Juan.... á Juan....

—Nenna, Nenna, serénate y escucha. Tu dolor te mata. Tranquilízate. Piensa que tu hijo....

—Mi hijo! el hijo de mis entrañas! Tambien cubre de besos su frente y que nunca llegue á saber que su madre fué una ramera vil.... Yo lo veré allá, en el cielo, y entonces me llenará el alma con su amor.... A Margarita llévale tambien mis cariños y dile que Nenna, la ramera vil, no la olvidó un instante....

—Al llegar aquí la india abrió desmesuradamente los ojos, me miró fijo breve rato, y tomándome de la mano:

— Véte, me decia; véte, Benjamin, véte y no vuelvas mas. Apiádate de mi y vive dichoso! No vuelvas, ya no me encontrarás.... Pero véte, véte pronto, adios.... y me estrechaba la mano cual si temiera que me alejase.

Me arrastró hasta el zaguan, allí me besó, me abrazó, me llenó con sus lágrimas, me pidió mil veces que no volviera, que la perdonase, y despues, apretándose la frente:

— Que nunca sepa mi hijo mi triste estado, y á Juan, á Juan dile que siempre fué suyo mi amor, que perdone él tambien.... adios!.... Y cerró la puerta tras de mí.

Yo estaba loco: quedé un instante como clavado en la vereda; el cerebro me ardía, no pensaba en nada. Quería verla nuevamente, quería sacarla de aquel lupanar inmundo donde la habia arrojado su infortunio y volverla á las caricias de su hijo y de su amante...pero nada pude hacer.

Maquinalmente me alejaba loco de aquel sitio, y ántes de abandonarlo llegó á mi oido la histérica y nerviosa carcajada de la huérfana infeliz.....

Al dia siguiente la busqué en la misma casa y no la hallé: habia desaparecido de allí desde la mañana temprano. Todas mis indagaciones fueron infructuosas: nadie conocía á Nenna.

En la noche de un sábado, como un mes despues, fuí á ver á mi amigo Alejandro M... estudiante de medicina. En el camino

de su casa se encontraba la morada donde vivió Nenna los últimos tiempos de su inocencia. Al pasar delante de ella consagré un suspiro á la india infortunada.

Llegué á casa de mi amigo: acababan de salir de su compañia otros estudiantes.

Conversamos largo rato sobre tópicos variados é interesantes para ambos. Recordamos los felices tiempos de la escuela, las particularidades mas ó ménos risibles de los profesores que habíamos tenido, y al fin le pregunté cómo iban sus estudios.

—Bien, me respondió. Hoy fuí á clase con una preparación regular, y tuve la suerte de ser designado para esponer la conferencia del dia; estuve regular.

—Me alegro mucho. Se aproximan los exámenes y esto no te viene mal. Así quedan bien preparados los profesores en tu favor. Una sola clase tuviste?

—En realidad una sola, porque en la segunda hora, destinada á disección de cadáveres, no hice nada.

—Quedaste satisfecho con la conferencia que espusiste?

—No, no fué esa causa. Es que me ha pasado algo que, en realidad me ha tenido triste todo el dia. Un episodio tocante que lo recordaré siempre.

—Hombre, á mi tambien me sucede algo muy triste. Cuéntame lo tuyo.

—Hace como unos veinte dias que siempre

al subir al tramway para que me condujera al hospital, obligacion que tengo todos los dias me encontraba en el vehículo con una muger que iba tambien al hospital, de aspecto humilde y tristísimo, pálida, casi demacrada.

Al segundo ó tercer dia de este encuentro fijé mi atención en mi desconocida compañera y ví que al bajar del tramway se dirigía á la Sala de Consultas.

Continué observándola, pues del primer momento aquella muger había despertado en mí cierta curiosidad que no me esplicaba, pero que trataba de satisfacer.

La muger era bella; de una belleza singular; pero lo que mas me impresionaba era la espresión melancólica y tierna de su semblante, y la mirada de sus ojos tristes, unos ojos azules que parecian despedir como rayos moribundos de crepúsculo.

Ayer subo al tramway como de costumbre, á la misma hora de siempre, y esperimenté cierto disgusto al ver desocupado el lugar donde hallaba siempre á mi acompañante. Al llegar al hospital me dirigí á la Sala de Consultas y tampoco la hallé. Supuse que iría bien de sus dolencias, y sin saber por qué esperimenté una alegría íntima.

Hoy voy á clase de diseccion. Encuentro sobre la mesa dos cadáveres. Iba en busca de un corazón: saqué mi bisturí y me dispuse á extraerle dicha víscera á uno de los cadáveres.

Al ir á cortar, no sé que me indujo á descubrirle el rostro....

Un sentimiento de profunda tristeza se apoderó de mí y el bisturí cayó de mis manos. El cadáver era el de mi desconocida compañera.

Pero por qué me entristeció de aquella manera? Yo no la había asistido, no la habia cuidado como sucede con otros enfermos que van al anfiteatro y á los que uno, durante la enfermedad, ha tomado cierto cariño; sin que esto impida que los descuartizemos, querido amigo, porque al fin y al cabo la tierra se los ha de tragar tanto enteros como partidos.

A la muerta de hoy sólo la habia visto en el tramway, y sin embargo me fué imposible tocar su cuerpo, y hasta pedí á mis compañeros que lo dejaran entero. Y allí está, respetado por todos.

—En realidad es algo estraño lo que te ha pasado. Pero para vosotros, los carniceros de séres humanos, yo creí que nada importaba el que un cadáver fuera de persona conocida para que os causara impresión. Creí que lo único que deseabais era tener qué cortar, donde introducir vuestra cuchilla tajante, y que con eso ya estabais satisfechos, aunque tuvierais que dividir en pedazos el cuerpo de un sér para vosotros querido en vida; parece que me he equivocado, ó serás tu una escepcion á la regla?

—No sé; lo cierto es que, como te hé dicho muchas veces, un cadáver es para mí un objeto de veneración y de respeto. Nunca los he pro-

fanado y no los profanaré jamás. No quiero decirte que tenga repulsión á cortarlos para estudiar mi arte. Pero hoy, francamente, me pareció un crímen hacerlo. Creo que ha influido en mi ánimo la espresion de ese cadáver, expresion tierna, melancólica, suplicante, si así puedo decirte.

A mas, en ciertos casos, me inclino al fatalismo; desde el primer dia que ví á la que hoy encontré cadáver sobre la mesa de diseccion, me forjé toda una historia triste, que hasta hoy creo sea cierta: esa muger debe haber sido alguna pobre traviata, una delas tantas víctimas que la infamia arroja desde sus hogares á las casas de prostitucion y de allí á las Salas de los Hospitales.

—Y no has averiguado nada al respecto?

—Nada; solo he conversado con el bedel del hospital, á quien varias veces encontré conversando con la muerta, cuando esta venia á hacerse ver.

—Y qué datos has alcanzado?

—Casi ninguno: el bedel solo me ha dicho que era una india, segun ella se lo manifestó; que lloraba mucho, que hablaba de un hijo que estaba ausente; pero que no era muy conversadora y no quería manifestar pormenores de su vida, ni al médico siquiera. Que ella manifestaba siempre un deseo único: el de morir.

—Y el nombre, el nombre?....

—Se llamaba....

—Cómo?

—Nenna, si mal no recuerdo.

—Ah! hiciste bien, querido amigo, en no mutilar el cadáver de esa infeliz. Yo te lo agradezco. Tus presentimientos eran ciertos: tu compañera de tramway era una pobre víctima, una débil muger azotada por la desgracia....

—La conocías, acaso?

—Sí, conozco su vida en sus detalles: ella será la heroina infortunada de mi primer libro. Ya me has escrito el último capítulo.

Estos dias pasados he andado buscándola por todas partes. No hé podido hallarla. Ella me lo dijo al despedirse de mí para siempre: «no me verás más.... no quiero verte....»

Mañana iremos al hospital. Quiero, como un homenaje á la desgracia, dar sepultura digna al cadáver de la que fué mi compañera amable en mis primeros años de estudiante. Tu me acompañarás: en el camino te contaré su historia...

. . . . . .

Me retiré: el sueño huyó de mí toda aquella noche, y me parecia oir entre las sombras de mi cuarto la voz dulce de Nenna, que lastimera y triste, decia como en la noche última que la ví: «Ah! véte, no vuelvas! Perdóname y que todos me perdonen.... Cubre de besos la frente de mi hijo, del hijo de mi amor...Y á Juan, á Juan dile que muero amándole con el alma...»

. . . . . .

Al otro dia íbamos con mi amigo formando el cortejo fúnebre, á darle sepultura humilde á los restos de la pobre india.

El cuerpo de Nenna se conservaba aun en toda su forma, y aquel rostro único, aun revelaba, enjuto y pálido, todos los inmensos sufrimientos que había apurado la hija de Camburé.

En silencio sepultamos el cadáver: Nenna quedó bajo tierra, separada ya hasta del contacto material del mundo... Libre, al fin, de sus miserias!...

OBRAS EDITADAS

POR LA

LIBRERIA É IMPRENTA DE LOS ESTUDIANTES

EN VENTA POR MAYOR Y MENOR

295 — CALLE PERU — 297

BUENOS AIRES

LITERARIAS

J. CASTELLANO—*La Leyenda Argentina*, composicion escrita con motivo de la Exposicion Continental . . . $ 0.40
" *El nuevo Eden*, composicion laureada en los Juegos Florales de Santa-Fé. 0.40
D. PEÑA . . . — *¿Qué dirá la sociedad?* drama de costumbre 0.40
J. LLANOS . . . — *Arturo Sierra* 0.75
" — *Cartas de amor*, aumentadas con el lenguaje de las flores y otras curiosidades 0.25
FRAY MOCHO — *Esmeraldas*, cuentos mundanos; con lámina. 0.75
" " " sin lámina. 0.50
E. RIVAROLA — *Amar al vuelo*, costumbres estudiantiles . . . 0.80
ABUL-BAGI . . — *Nenna*. 0.75

En prensa: *Los subterráneos de Buenos Aires*, por P. V. de San Martin.

ESPIRITISTAS

La Doctrina de Jesus, precursora de la revelacion espirita 0.10
El Espiritismo en su mas simple espresion. 0.10
Oraciones segun las Doctrinas Espiritistas, extractadas de las obras de Allan Kardec. 0.30
¿Qué es el Espiritismo? Introduccion al conocimiento del mundo invisible. 0.35
Filosofía ó el Libro de los Espíritus. Contiene los principios de la Doctrina Espiritista. 0.65
El Coracero de Froeszwiller. Recuerdo de la guerra Franco-Prusiana, por Enrique Manera 0.40
Cosmogonía de los fluidos—El Cristo protector de la Tierra, por Antoniette Bourdin (versión castellana de la señora doña Ignacia G. de Carmona 0.80

BIBLIOTECA DEL «VESUVIO»

DI GENOUILLAC—*L'arma dei vigliacchi* 0.75

IN CORSO DI PUBBLICAZIONE

EMILIO ZOLA — *I misteri di Marsiglia*, 2 volumi.

A los señores libreros se le concede conveniente rebaja seg... la importancia del pedido.